

HONOR de ASTRONAUTA

Louis G. Milk

LOUIS G. MILK

Honor de astronauta

Ediciones **TORAY**

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr.
Julián Álvarez, 151
BARCELONA
BUENOS AIRES

Portada: R. CORTIELLA

Primera edición, septiembre 1972

© Louis G. Milk, 1972

Depósito legal: B. 34.282 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

La acusada permanecía en pie ante el juez, muy pálida, aunque inmutable. Parecía una estatua, si bien en ella se advertían los naturales movimientos de la respiración, que provocaban vaivenes de su pecho, más rápidos de lo normal, debido a la alteración interior que la poseía.

Era muy hermosa, de ojos intensamente negros y cabellera como ala de cuervo. El largo vestido que cubría su cuerpo escultórico hasta los pies era de color rojo muy oscuro, casi negro. Sólo las puntas de los dedos de los pies, sin pintar las uñas, asomaban entre los pliegues del vestido.

Dos guardias custodiaban a la acusada. El defensor, a un lado, fracasados sus esfuerzos por conseguir un veredicto favorable, aguardaba resignadamente la sentencia.

El fiscal y sus ayudantes se relamían por anticipado. Minutos antes, un jurado imparcial había dictado veredicto de culpabilidad en contra de la acusada.

El juez había oído el veredicto y manifestó que se retiraba a su despacho privado para meditar sobre la sentencia que debía imponer a la ya culpable. Nadie dudaba de la severidad de tal sentencia, porque todos conocían la insobornable rectitud del Juez Superior U-Shi.

La puerta del despacho se abrió de pronto. U-Shi, envuelto en su toga negra, pasó al estrado, mientras un ujier pedía a los presentes que se levantasen.

Las cámaras registraban el hecho. Era una sentencia que podía hacer época, porque, indudablemente, sentaría jurisprudencia para eventuales casos que pudieran producirse ulteriormente.

El silencio era absoluto. En la sala, cien pares de ojos clavaban sus miradas en la inmóvil acusada. Fuera de la sala, eran, tal vez, cien millones de pares de ojos los que la contemplaban con no menor expectación.

— He reflexionado largamente — dijo al fin U-Shi, rompiendo el tenso silencio— y he llegado a la conclusión de que sólo una sentencia puede imponerse a la acusada.

»El jurado la ha reconocido culpable de la destrucción total de Thoyadis, con pérdida de un número de vidas humanas no inferior a treinta y seis mil, además del total arrasamiento de la ciudad. Sin entrar ahora en los motivos que impulsaron a la acusada a cometer tan funesta acción, haré

saber que me parece el más execrable de los crímenes, para el cual no existe justificación posible.

»Tampoco es mi intención pronunciar un largo discurso —siguió el juez—. Todo se ha dicho ya durante el proceso. Por tanto, oídos el fiscal y la defensa y pronunciado el veredicto del jurado, y antes de dictar mi sentencia, sólo me resta una fórmula legal. Acusada, ¿tiene algo que manifestar antes de que haga pública mi sentencia?

Ella hizo un leve gesto con la cabeza.

— No, Señoría — contestó, con voz que apenas si pudieron escuchar los más próximos.

— Está bien — dijo U-Shi —. En tal caso, voy a dictar sentencia. María von Uttig, de veintiséis años, viuda, comerciante espacial, reconocida culpable de los delitos ya mencionados, yo, en virtud de las potestades que me han sido conferidas, te condeno a la pena de confinamiento perpetuo en Addols, Tercer Asteroide del Cuarto Sistema de Beta de Procyon.

Un murmullo de decepción brotó de las gargantas de los espectadores. El mazo del juez acalló enérgicamente las protestas.

— Addols — prosiguió el juez, cuando se hubo restablecido el silencio —, queda reservado exclusivamente para uso de la condenada y allí vivirá hasta el día de su muerte. Pero nadie podrá hacerle objeto del menor daño físico o incurrirá en las penas más severas dictadas por la ley. He dicho. El caso está concluido —remató U-Shi, en medio de un silencio sepulcral.

El silencio, sin embargo, se quebró cuando la acusada abandonó la sala, escoltada por sus guardias, para volver a la celda donde debía esperar el momento de la partida hasta el lugar de su destierro. Ojos llameantes y puños que expresaban odio flanquearon su paso hasta el helimóvil.

—¡Asesina!

— Mil vidas que tuvieras serían pocas para pagar tu crimen.

— Mereces morir...

— Asesina, asesina...

Se escuchaban también otros insultos mucho peores, y no faltaban soeces imprecaciones y burlas obscenas. María von Uttig, impasible, se dejó llevar hasta el helimóvil, que partió a los pocos momentos hacia la cárcel.

* * *

Dan Valance había presenciado el final del juicio en el televisor de un bar no lejano al Palacio de Justicia. Cuando el juez hubo dictado su sentencia, pidió un doble de «whisky».

— Celebrando la condena de María, ¿eh, capitán Valance?

La voz era suave, insidiosa. Valance se volvió y contempló durante

unos instantes al hombre que tenía a su lado, de mediana estatura, delgado, ojos profundos y sonrisa astuta.

— No es una cosa que se deba celebrar, teniente Solati —respondió Valance—. Y, por favor, deje el tratamiento a un lado; sabe de sobra que renuncié a mi puesto en la Policía Interestelar.

— Ah, sí, algo he oído al respecto. Se dice que dimitió por disconformidad con la decisión de uno de sus superiores. Creo que era el coronel Morbihrson. ¿No es así? Según tengo entendido, Morbihrson no quiso fusilar sur place a María von Uttig, como usted proponía, apenas la capturaron.

— Es probable que tenga usted razón, teniente — convino Valance sin perder su impasibilidad —. Sobre todo, teniendo en cuenta su cargo de ayudante del mencionado coronel Morbihrson.

— Cuando usted capturó a María yo no era aún ayudante del coronel, Dan.

—Es una simple cuestión de matiz, teniente.

— Indudablemente. De todas formas, ella mató a treinta y seis mil personas, entre las cuales se encontraban su esposa y sus dos hijos, ¿no es cierto, capitán?

— Conoce usted muy bien mi historia personal, Solati. Sí, mi esposa y mis dos hijos murieron en Thoyadis.

— En tal caso, se comprende su resentimiento personal hacia la acusada. Pero no ha salido tan mal librada del todo. Muchos creerán que el confinamiento perpetuo en Addols es una sentencia terrible. Yo opino todo lo contrario.

—¿Por qué, Solati?

—¿No conoce usted Addols? Extraño, capitán... perdón, Dan.

— He oído ese nombre, aunque nunca estuve allí. ¿Cómo es Addols, por favor?

— Un pequeño paraíso terrenal — sonrió Solati —. Un vergel florido, donde siempre es primavera. Así da gusto que lo encierren a uno para toda la vida, ¿verdad?

— La pérdida de libertad, cualquiera que sea el lugar donde lo encierren a uno, siempre es horrible — contestó Valance—. Pero sigo opinando que María von Uttig merecía algo más que el confinamiento perpetuo, aunque fuese en un asteroide sin sol y con hielos eternos.

— En todo caso, la sentencia es irrevocable. No existe la pena de muerte, como usted sabe, y el Tribunal Supremo no podría añadir un solo año más a una condena que es para toda la vida.

— Sí, eso es verdad. Solati, he tenido mucho gusto en verle. Salude a Morbihrson en mi nombre.

— Así lo haré, Dan.

Solati saludó maquinalmente mientras Valance se apeaba del taburete, tras haber abonado su consumición. No se podía decir que Solati fuese un hombre bajo, pero resultaba empequeñecido al lado de Valance, quien le pasaba casi un palmo de estatura.

Los ojos de Solati siguieron la elevada silueta de Valance, hasta que lo vieron desaparecer al otro lado de la puerta.

—¡Condenado y estúpido orgulloso! —masculló despechado—. Ni siquiera has tenido la cortesía de invitarme a un trago.

Y luego, encogiéndose de hombros, se volvió hacia la barra, dispuesto a apreciar los opulentos encantos de la barmaid, que le miraba con la sonrisa en los labios. La insignia de la Policía Interestelar era siempre motivo de gran atracción para las mujeres.

—¿Qué le sirvo, teniente? —preguntó la chica, con su expresión más seductora.

—A ti misma, preciosa — respondió Solati. Ella hizo algunos remilgos.

A las siete de la tarde, podré servirme a mí misma teniente —contestó con una risita.

* * *

Aquella zona del astropuerto estaba a oscuras. Había una nave parada sobre la pista de cemento. El metal brillaba refulgentemente a la luz de la luna.

En los costados de la nave podían leerse las cifras y letras que indicaban que la nave pertenecía a la flota de la Policía Interestelar. Era el aparato en el que María von Uttig viajaría hasta el lugar donde residiría hasta el día de su muerte.

Una sombra se acercó cautelosamente al aparato, llevando en las manos una caja de metal negro y mate. La astronave era de forma lenticular, propulsada por antigravedad, y mientras se hallaba posada en el suelo, se apoyaba en tres patas de gran robustez, aunque de escasa longitud.

Las patas eran retráctiles y se escondían en el interior del aparato tras el despegue. El individuo se acercó a una de las patas y, elevando ambas manos, metió la caja en el hueco que había allí y que no era llenado hasta que la nave se había separado del suelo.

El hombre terminó su tarea y se dispuso a abandonar el lugar con el mismo sigilo que a su llegada. Entonces oyó una voz que sonaba a su derecha.

— No se mueva, amigo — dijo alguien —. Le estoy apuntando con un arma y dispararé al menor gesto sospechoso.

El sujeto se inmovilizó instantáneamente.

—¿Quién es usted? —preguntó al cabo de unos segundos de indecisión.

— El nombre no importa, el mío, naturalmente. En cambio, el que sí interesa es el de la persona que le ha ordenado colocar el explosivo en un lugar donde destruirá el aparato antes de treinta segundos de haber levantado el vuelo.

— No se lo diré...

— Entonces, morirá.

El tono de la voz no dejaba lugar a dudas. La frente del saboteador se inundó de sudor.

— Oiga, amigo, a mí me han pagado, y bien, por hacer esta tarea —dijo —. Pero me gusta ser fiel a mis compromisos. Le daré la mitad...

— El nombre —exigió el otro.

De nuevo se produjo otro corto espacio de silencio. Súbitamente, el saboteador empezó a gritar, a la vez que se dejaba caer de espaldas con movimiento velocísimo. Al mismo tiempo, desenfundaba una pistola nuclear.

Delante de él llameó un arma sin hacer el menor ruido. Fue una especie de lanza de luz roja, cuyo resplandor duró menos de un segundo. El saboteador se sintió envuelto en una abrasadora onda de calor. Su cuerpo se convirtió en vapor instantáneamente.

Dan Valance se acercó al lugar donde había estado el sujeto y movió la cabeza.

— Mis sospechas se confirmaron — murmuró.

Luego se volvió hacia la nave y procedió a desmontar y retirar la bomba que, de no haber sido por su intervención, habría explotado a los treinta segundos del despegue, cuando la pata del tren de sustentación, al replegarse, hubiera accionado la espoleta de ignición.

Nadie vio a Valance ni supo que había estado allí. Los servicios de vigilancia del astropuerto no se enteraron siquiera de su presencia, como tampoco de la muerte del saboteador.

CAPÍTULO II

Soplaba un vientecillo desagradable, que, en ocasiones, producía estremecimientos de frío. María von Uttig, envuelta en una larga capa negra, cuyos pliegues se agitaban con cierta violencia, escuchaba calladamente las explicaciones que le daba el oficial encargado de su vigilancia.

— El funcionamiento de la nave será automático — dijo el oficial —. El combustible ha sido calculado exactamente para llegar a Addols y no podría recorrer cien kilómetros más. Teniendo en cuenta que el planeta habitado más próximo se encuentra a veintisiete millones de kilómetros de distancia, es fácil imaginarse lo que le sucedería si intentase la evasión... en el supuesto de que lograse desbloquear los mandos y recurrir al gobierno manual de la nave.

»Por otra parte, treinta minutos después del aterrizaje, la nave se elevará por sí sola y se destruirá mediante una bomba que actuará en el momento de agotarse el combustible. Tendrá usted, pues, media hora para abandonar la nave y desembarcar sus efectos personales.

»Addols es suyo y nadie puede ir allí y mucho menos fijar su residencia — continuó el oficial—. Hay víveres suficientes en la nave para el viaje y dos semanas más en la superficie de Addols, mientras usted se habitúa a vivir por sí misma. También se ha añadido un pequeño botiquín con elementos de cura para lesiones y cortaduras sin importancia, pero eso es todo.

«Nadie la molestará, pero tampoco, nadie, si usted cae enferma o se lesiona de gravedad, acudirá para ayudarla. Por supuesto, la incomunicación por radio y televisión será absoluta. Eso es todo — concluyó el oficial.

María hizo una leve inclinación de cabeza en señal de aquiescencia a las palabras que acababa de escuchar.

— ¿Tiene algo más que decir, señora? ¿Algún último deseo? — consultó el policía.

Los bellos ojos de María recorrieron el paisaje que ya no volvería a ver jamás. De pronto, sus pupilas captaron una alta figura situada a cierta distancia.

Era un hombre joven, de unos treinta y cinco años, envuelto en una capa azul oscuro. Iba descubierto y el viento agitaba sus rubios cabellos.

La cara del hombre le pareció conocida a María. De pronto, recordó su nombre. Daniel Valance, capitán de la Policía Interestelar, el hombre que

más encono había mostrado en su captura. Era lógico, pensó la joven; Valance había perdido a su esposa y a dos hijos de corta edad en el bombardeo de Thoyadis.

—¿Señora? —dijo el oficial, impaciente. María volvió la cabeza.

— No tengo más que añadir —contestó en tono reposado.

El policía hizo una señal con la mano.

— La nave partirá sesenta segundos después de haberse sentado usted —dijo—. El peso de su cuerpo accionará los mecanismos de despegue.

Ella ya no dijo una sola palabra más. Subió a la nave, penetró en su interior y se sentó frente a un cuadro de mandos que sabía no podía tocar.

El aparato despegó justamente en el momento señalado. Un minuto después, María vio centellear una pantalla en la que apareció un extraño mensaje:

¡Ánimo! ¡Demostraré su inocencia!

El mensaje, sin firma, se apagó a los pocos segundos. Mientras reclinaba su cabeza en el respaldo del asiento, María von Uttig pensó que, en medio de todo, había una persona que creía no era culpable de la destrucción de Thoyadis y el exterminio de treinta y seis mil seres humanos.

* * *

— No te entiendo, Dan —dijo Edwina Miller—. Tenías ante ti una carrera excepcional; habías conseguido un éxito enorme al capturar a María von Uttig... y, cuando te esperaban honores y ascensos poco menos que sin cuento, vas y dimites. ¿Por qué hiciste semejante estupidez?

Valance contempló el vaso que tenía frente a sí en el mostrador. Edwina Miller, antigua amiga suya y un día frustrada aspirante al puesto de señora Valance, estaba apoyada sobre la barra, haciendo ostentación de sus innegables encantos físicos, que el nada morigerado escote de su vestido permitía admirar sin apenas rebozo.

— Los motivos son míos, Edwina — contestó él —. Una cosa es que yo no desee honores y recompensas y otra es que haya de soportar ciertas intemperancias. Tú me conoces bastante bien y sabes que es verdad lo que te digo.

— Eso sí es cierto —admitió ella—. Por ahí, sin embargo, se dice que dejaste el cuerpo porque Morbihrson no permitió el fusilamiento de María en el mismo lugar de la captura.

— Sí, claro.

—¿Acaso no es verdad, Dan?

—¿Por qué no había de serlo, Edwina?

— No sé... Empleas un tono para decir que sí...

Valance sonrió.

— No me hagas demasiado caso — contestó —. Oye, ¿sabes que estás preciosa?

Edwina se esponjó.

— Hombre, empezaba a pensar que no tenías ojos en la cara —dijo alegremente—. ¿De verdad me encuentras guapa, Dan?

— Arrebatadora —sonrió él.

— A estas horas hay poca gente, Dan. ¿Por qué no tomamos una copa a solas en mi departamento? Mis empleados se bastarán para atender la clientela.

— Acepto encantado —dijo Valance—. Precisamente, iba a proponerte algo por el estilo.

— Entonces, no se hable más. ¡Jack, atiende el negocio; yo tengo que hablar privadamente con el capitán!

—Sí, señora —contestó el jefe de camareros. Edwina abandonó el bar. De repente, dejó de sonreír.

Valance captó en el acto la súbita expresión de seriedad que había aparecido en el bello rostro de la joven.

—¿Qué te pasa, Edwina? — preguntó.

— Hay clientes que no me agradan, por mucho dinero que puedan gastar en mi establecimiento — respondió ella secamente.

Valance volvió la cabeza y, siguiendo la dirección de la mirada de Edwina, divisó a un hombre gigantesco, con el cráneo afeitado, salvo dos mechones de pelo, cortos e híspidos, situados a ambos lados y por encima de las orejas. La piel del sujeto era de color rojizo y sus cejas aparecían apenas sin vello. Los brazos desnudos que asomaban por fuera de una túnica corta, sin mangas, tenían casi el grosor del muslo de una persona corriente.

—¿Quién es? —inquirió Valance.

— K'nit, nativo de Épsilon, de Vega. Asesino profesional — contestó Edwina.

—¡Ah! —murmuró él.

— Un sujeto carente de alma. Hay quien dice que es un robot con figura epsiloniana, pero no creas al que te asegure eso. Es sólo una fiera, con bastante inteligencia, todo hay que decirlo.

— Además de una fuerza física descomunal, según parece.

— Le gusta mucho romper pescuezos con las manos. Pero no desdeña emplear otras armas. Todo depende de las circunstancias. Y del dinero que le paguen.

— Comprendo. Y tú te ves obligada a atender a tipos como K'nit.

— No me queda otro remedio — suspiró Edwina —. Es preciso reconocer que K'nit se porta siempre con gran mesura cada vez que viene a mi local. Por tanto, no podría expulsarlo, sin exponerme á una seria reclamación judicial.

— Bueno, si se porta bien, ¿por qué no dejarle que disfrute del buen vino que vendes? —Sonrió Valance—. Anda, vamos, quiero hablar contigo.

Edwina se olvidó en el acto de K'nit al colgarse del brazo de su gallardo acompañante. Momentos más tarde, estaban en un elegante saloncito, discretamente alumbrado.

Edwina sirvió dos copas y ambos tomaron unos sorbos. Luego, ella se acercó a su huésped y le puso ambas manos en los hombros, a la vez que le miraba fijamente.

— Dan... Yo querría decirte una cosa —habló con voz cálida —. Sé lo que te ocurrió hace tiempo y comprendo tu... tu estado de ánimo, pero eres joven todavía. Muy joven, a decir verdad — añadió con una risita nerviosa —. No... bueno, lo que yo quiero decir es que no se debe olvidar el pasado... pero no vivir del pasado. Tú me comprendes, ¿verdad?

Valance hizo un sonriente gesto de asentimiento.

— Sí, Edwina —contestó.

— Bien, un hombre joven... necesita afecto y... — Los ojos de la hermosa mujer brillaban de un modo singular—. ¿He de decirlo yo todo, Dan?

Los brazos de Valance se enroscaron en torno a la esbelta cintura de la joven.

— Hay cosas para las cuales no se necesitan palabras — dijo, atrayéndola fuertemente contra su pecho —. Pero luego te haré una pregunta, porque, aunque yo quería una entrevista a solas contigo, la verdad, esto no me lo esperaba.

Ella le ofreció unos labios ávidos de pasión.

— Las sorpresas no esperadas son siempre más dulces — contestó, a la vez que se fundía en un volcánico abrazo con el joven.

Más tarde, Edwina le dio la respuesta que él había solicitado:

— Se llama Jeunish Barldon y vive en el ochenta y dos de la calle Sierra. Si él no te lo hace, no te molestes; nadie más lo hará.

Valance se inclinó y la besó suavemente en una mejilla.

— Quizá un día pueda agradecerte en debida forma esto que haces por mí — se despidió.

Edwina lanzó un hondo suspiro al verle abrir la puerta.

— Sospecho que no nos vamos a ver más — murmuró—. Pero nunca te olvidaré, Dan.

Valance agitó la mano. Luego desapareció de la vista de su encantadora anfitriona.

* * *

La calle Sierra no estaba situada precisamente en uno de los barrios céntricos de la capital. Aparte de que la hora ya resultaba bastante avanzada, la circulación de personas y vehículos era poco menos que nula. Las aceras deslizantes habían cesado en su movimiento y los pocos transeúntes que se veían iban a pie o bien en sus helimóviles.

Valance caminaba a buen paso. La distancia de la taberna de Edwina a la dirección señalada no era excesiva; poco más de un kilómetro. No merecía la pena, por tanto, el trabajo de hacer despegar el helimóvil y situarse en un canal automático de tránsito, para apearse un minuto o dos más tarde.

Un sexto sentido le hizo saber de pronto que alguien le seguía. En cierto modo, el hecho no le extrañó en absoluto.

Pero no quería que nadie supiera adonde se dirigía. La conversación a solas con Edwina había tenido por principal objetivo evitar que alguien, provisto de un sensible detector de sonidos; pudiera escuchar lo que hablaba con la joven.

Alcanzó una esquina y la dobló. A pocos pasos vio el hueco de un portal y se metió allí de un salto.

El espía apareció momentos después, mirando desconcertado hacia una calle que aparecía desierta. Dio tres o cuatro pasos y, de repente, un puño apareció, disparado con terrorífica violencia contra su mandíbula.

Un cuerpo humano dio una voltereta en el aire. Valance agarró al sujeto y lo arrastró hacia el portal.

Regresaría más tarde para interrogarle; ahora no le convenía perder tiempo. Continuó su camino y, poco más tarde, llamaba a la puerta señalada con el número 82 en la calle Sierra.

Valance tuvo que repetir la llamada un par de veces. Al fin, alguien le escrutó a través del objetivo de una mira televisual.

— ¿Quién es usted? —preguntó Barldon con recelo—. ¿Qué quiere a estas horas? Me ha sacado de la cama y...

— Soy Dan Valance. Me envía Edwina Miller, la dueña de El Ánfora de Plata, señor Barldon.

—Oiga, pero ¿es que esa condenada chica no sabe que yo soy un ser humano como los demás, con sus necesidades de sueño...?

Valance agitó ante el objetivo un grueso fajo de billetes.

— También tiene necesidad de dinero, señor Barldon — atajó las protestas del individuo.

CAPÍTULO III

Jeunish Barldon era un individuo algo anticuado, que usaba lentes para ver de cerca, en vez de lentillas o de hacerse operar del cristalino del ojo. Las antiparras cabalgaban sobre una nariz ganchuda, lo que, junto con unos ojillos vivaces y un cráneo casi mondo, constituían los rasgos fisonómicos más conspicuos del individuo.

Barldon contempló la fotografía de cuerpo entero que su intempestivo visitante había depositado sobre la mesa. Al cabo de unos minutos de atento examen, levantó la cabeza y dijo:

— Puedo hacerlo, pero...

—¿Sí, señor Barldon?

—¿Cuánto había en el fajo que me enseñó antes?

— Diez billetes de diez mil — contestó el joven.

— Es poco. Necesito quince billetes más. Valance respingó.

—¡Diablos! —exclamó, sin poder contenerse.

—Doscientos cincuenta mil diablos en total, y ni un céntimo menos, capitán —dijo Barldon, inflexible.

Valance se resignó.

— Reuniré el dinero — accedió —. En todo caso, Edwina me garantiza, no lo olvide.

— Me basta su palabra, capitán — aseguró el individuo—. ¿Qué tiempo necesita?

— Mínimo, desde luego.

Barldon empezó a contar con los dedos.

— Tengo un par de esqueletos mecánicos de la estatura requerida, aproximadamente. Comprobar el funcionamiento y las conexiones me llevará dos días... recubrir de piel sintética, de acuerdo con el modelo costará de tres a cuatro días... grabaciones e inserciones de circuitos de memoria me llevarán cinco días por lo menos... Antes de dos semanas, de ninguna manera, capitán.

— Podría trabajar horas extras, señor Barldon — sugirió Valance.

— Podría, pero no quiero. Oiga, capitán, ya no soy joven y me gusta el dinero, pero ¿de qué me serviría si me agotase trabajando? Aun a mi edad, la vida tiene ciertas compensaciones, de las cuales no se disfrutan en la tumba, ¿entiende?

Valance sonrió.

— De acuerdo, dos semanas — cedió.

— Ah, y un detalle, capitán. Lo había olvidado, pero es importante.

— Diga, señor Barldon.

— Las grabaciones que yo insertaré en el ejemplar que le voy a construir serán mínimas. Tendrán que ser completadas por... el interesado o el engaño podría descubrirse antes de tiempo, ¿me ha comprendido?

— Eso queda de mi cuenta — dijo Valance —. Volveré dentro de dos semanas, señor Barldon.

— Con el resto de la suma contratada, no lo olvide — advirtió Barldon codiciosamente.

Valance asintió. Abandonó la casa y volvió rápidamente al lugar donde había dejado al espía.

Se llevó una decepción. El sujeto, había desaparecido.

— Por lo visto, tiene una capacidad de reacción mayor de la que yo me suponía —se dijo.

* * *

Desde hacía unos días, Edwina no tenía noticias de Valance. Ello le preocupaba un tanto, aunque estaba segura de que el joven acabaría por volver a verla.

Aquella noche, por si Valance acudía a su local, se acicaló más de lo común. Orgullosa de su figura, en la que tal vez un esteta demasiado refinado hubiera encontrado un exceso de curvas, se contempló unos minutos ante el espejo de cuerpo entero que había en una de las paredes de su tocador.

El examen la dejó gratamente complacida. Luego, inclinándose hacia una silla, tomó una de las prendas menores que iban a componer su atavío.

La puerta se abrió en aquel momento. Edwina protestó.

— Dan, ¿no podías llamar antes de entrar? —se quejó.

— No soy el capitán Valance — respondió una voz de extraños tonos aflautados.

Edwina se volvió, terriblemente sobresaltada, cubriéndose los senos con un brazo.

—¿Qué hace en mi dormitorio? —gritó—. ¡Salga inmediatamente o llamaré a la policía!

K'nit sonrió mientras daba una vuelta a la llave, que luego sacó de su cerradura. Sujetó la llave con el índice y el pulgar y la dobló como si fuese de simple cartulina, en una ostentosa exhibición de su fuerza física.

— El capitán Valance estuvo aquí hace algunas noches —dijo sin perder la sonrisa—. Quiero conocer el tema de la conversación.

Edwina reflexionó rápidamente.

Negarse a contestar podría acarrearle serios perjuicios. Conocía a K'nit y sabía que nada bueno podía esperar de aquel gigantesco sujeto si se

mostraba reticente.

—¿De toda la conversación? —preguntó con fingido acento de malicia.

— No me interesan las frases de amor — contestó K'nit —. Lo «otro», usted ya me entiende.

— Bueno, usted sabe que el capitán y yo fuimos amigos en tiempos.

— Sí — dijo el asesino escuetamente.

—Pero todavía no ha olvidado a su esposa y a sus hijos. Simplemente, me pidió una dirección.

— Démela.

— Johnny Mair, calle Gorton, trescientos setenta — mintió Edwina con todo desparpajo. No existía el tal Mair ni había una calle Gorton en la capital, y confiaba en que el gigante caería en el lazo.

Pero mientras K'nit localizaba al inexistente Johnny Mair, ella buscaría un refugio hasta que...

— Gracias, preciosa —cloqueó el asesino. Y sus enormes manos apretaron de repente el delicado cuello de la joven.

Edwina intentó gritar. K'nit se lo impidió. Momentos después, K'nit, desde la puerta, contempló el desnudo cadáver de Edwina.

—¡Lástima, era tan bella...! —se lamentó hipócritamente.

* * *

— El asesino era un hombre de fuerzas descomunales —dijo el sargento Alonso, de la Sección Criminal—. Le partió el cuello con toda facilidad, capitán.

Valance asintió sombríamente, mientras evitaba mirar el fúnebre bulto que, cubierto con una sábana, yacía en el centro de la estancia.

— No parece que haya habido ultraje sexual, aunque eso lo probará después la autopsia — siguió Alonso—. En mi opinión, la señorita Miller fue sorprendida mientras se vestía. Tampoco hay señales de robo, lo que, en mi opinión, hace más enrevesado el asunto.

Para Valance no era tan enrevesado, aunque, desde luego, ignoraba la identidad de la persona que había pagado los «servicios» del epsiloniano. Se lo arrancaría, junto con el pellejo, se prometió a sí mismo.

— Usted, tengo entendido, era bastante amigo de la difunta — dijo el policía—. ¿Se le ocurre a usted algún nombre como posible asesino, capitán?

Valance negó en silencio.

—¡Lástima! —Suspiró Alonso— Vamos a tener que trabajar de firme para encontrar al criminal.

— Voy a pedirle un favor, sargento —dijo Valance.

— Sí, señor.

— Haga el favor de avisarme cuando haya terminado el forense y dé el permiso para su entierro. Yo me ocuparé de los funerales y demás.

— Se lo prometo, capitán.

Valance abandonó la estancia, hirviendo de cólera interiormente. Alguien le seguía los pasos en todo momento.

Pero, ¿por orden de quién?, se preguntó. Sólo había un culpable: el verdadero autor de la destrucción de Thoyadis.

* * *

— Tengo que pedirte un favor, Jimmy — dijo Valance, a la vez que lanzaba sobre la mesa un billete de cien «garants».

— Diga, capitán — murmuró el confidente, a la vez que guardaba el billete con gesto apenas perceptible por lo rápido.

—K'nit, asesino profesional. ¿Dónde vive? Jimmy Langtries, de oficio «soplón», respingó.

—¡Capitán, con qué gentes se mezcla usted! —dijo, asombrado.

— Yo no me mezclo con los asesinos a sueldo, Jimmy — rezongó Valance —. Lo único que quiero es sostener una conversación con K'nit y no precisamente para encargarle la eliminación de una persona, sino para saber el nombre del que se lo encargó a él.

— Lo siento, capitán, pero tengo malas noticias para usted.

— Jimmy, no bromees.

— Hablo en serio, capitán. K'nit se largó hoy en una nave mixta con destino a Eardmon. Me crea o no, dio la casualidad de que yo estaba en el astro-puerto, recogiendo informes para... Bueno, eso no importa ahora. Pero K'nit ya está en ruta hacia Eardmon.

Valance se frotó la mandíbula.

— Thoyadis estaba en ese planeta —murmuró.

— Sí, capitán, pero ahora ya no hay más que un solar donde antes existía una ciudad floreciente...

—¡Calla, por favor! —dijo Valance con voz crispada—. Está bien, Jimmy, gracias por tus informes:

— Repito que lo lamento, capitán.

Valance abandonó la taberna donde el confidente tenía su «oficina». En la calle, miró hacia el cielo, diciéndose que resultaba tal vez demasiado coincidente el hecho de que K'nit se hubiese encaminado hacia Eardmon.

— Un día te encontraré y...

Siguió andando. La venganza por la muerte de Edwina, en todo caso, podía esperar. Por ahora, era más interesante hallar al verdadero culpable de la destrucción de Thoyadis.

Y, según todos los indicios, el tal culpable lo que menos interés sentía

era en que su nombre se hiciese público.

* * *

Entró a cenar en un restaurante próximo a su residencia. Cuando estaba a punto de terminar, un hombre se sentó frente a él.

—¿Dan? —dijo sonriendo el teniente Solati.

— Hola — contestó Valance secamente.

— He leído en los periódicos televisados la noticia de la muerte de Edwina Miller. Lo siento, Dan.

—¿Por qué lo siente usted, Solati?

— Hombre, era amiga suya...

— Que yo sepa, no he mencionado a demasiada gente mi amistad con la difunta, Solati — replicó Valance secamente—. Y entre las personas a quienes no les mencioné nunca nada al respecto, figura usted.

Solati se echó a reír, tras una leve pausa de desconcierto.

— Ya lo sé, pero me lo dijo el sargento Alonso, encargado del caso — contestó.

—¿Es usted muy amigo de Alonso?

— Hombre, somos del oficio, Dan.

— Él pertenece a la Sección Criminal de la Tierra. Usted es un Interestelar. Raras veces hay relaciones entre los miembros de ambas secciones. Sus misiones no es que sean antagónicas, pero sí radicalmente distintas.

— Cualquiera diría que no le agrada a usted mi amistad con Alonso, Dan.

— Me deja frío, Solati. De todas formas, gracias por su interés hacia mí.

Valance puso un billete sobre la mesa y se levantó.

—¿Qué hace mi buen amigo Morbihrson, Solati? — preguntó.

— Echarle a usted de menos, Dan. Un oficial de sus características es punto menos que insustituible en la P. I. — contestó Solati con notoria desenvoltura.

— Salude a Morbihrson de mi parte —se despidió el joven.

— Dan, un momento, por favor.

— Dígame, Solati — contestó Valance, ya separado de la mesa.

—¿Qué hace usted ahora? Dimitió, pero no se sabe que trabaje...

— Por ahora, no necesito trabajar.

— La holganza no es buena, Dan. Corroe el alma y anquilosa el cuerpo —dijo Solati virtuosamente.

— Lo de anquilosar el cuerpo, puede que sea cierto. En cuanto a la corrosión anímica... hay otras cosas mucho peores que la holganza, usted

ya me entiende, Solati.

—¿Por ejemplo?

— La adulación y el servilismo — replicó Valance en tono cortante.

El rostro de Solati se puso rojo, pero Valance ya se dirigía hacia la puerta.

Solati trató de calmar la furia que le habían producido las últimas palabras de Valance, que, en su fuero interno, sabía eran absolutamente ciertas. Luego, algo más calmado, sacó un cigarrillo y un encendedor.

El encendedor era una minúscula emisora de radio, a través de la cual, Solati dio una orden:

— El objetivo se dirige hacia su casa. Adelante, Tell.

CAPÍTULO IV

Valance llegó a su casa, pero no encendió la luz. Hacía noches que se dedicaba a otra tarea antes de encender las luces del departamento.

Era hombre prevenido y no sólo porque Edwina hubiese muerto. Casi desde el primer momento estaba seguro de que alguien trataría de impedir que llevase a cabo la tarea que se había impuesto.

Acercándose a la ventana con precaución, estudió el edificio frontero con ayuda de unos prismáticos de visión nocturna. A los pocos momentos, divisó a un hombre apostado tras una ventana, con un rifle en las manos.

El rifle disparaba descargas térmicas, un proyectil esférico de cinco centímetros de calibre, que al chocar contra un objetivo liberaba una llamarada de más de tres mil grados de temperatura. Si el objetivo era un ser humano, moría abrasado instantáneamente.

— Te has hecho esperar demasiado —murmuró entre dientes.

Luego situó frente a su ventana lo que parecía una gran lámpara de estilo antiguo: un pie metálico, bellamente adornado, con un globo de vidrio, en cuyo interior se hallaba la bombilla. Regresó a la entrada y encendió las luces.

Deliberadamente, se situó junto a la supuesta lámpara. El rifle térmico hizo fuego apenas un par de segundos más tarde.

El proyectil cruzó raudamente el espacio, llegó a la lámpara y rebotó a la misma velocidad. Tell Broy se dio cuenta demasiado tarde de que la supuesta víctima había usado un reflector especial para toda clase de proyectiles.

La bola de fuego explotó en su propia cara. Una rugiente llamarada brotó en el acto, extendiéndose durante un segundo por la estancia. Al segundo siguiente, un cuerpo retorcido y chamuscado yacía en el suelo.

Valance vio el fogonazo y sonrió satisfecho.

—Edwina, puedes anotarte un tanto —murmuró, como si la difunta pudiera escucharle.

Y luego, tranquilamente, se fue a su dormitorio y se echó a dormir a pierna suelta.

* * *

El sensible detector de seres humanos actuó a bordo de la astronave. Satisfecho por haber localizado a su objetivo, Valance se lanzó a fondo

hacia el pequeño asteroide que tenía a sus pies.

La nave viajaba en posición de subespacio controlado, lo que la convertía en invisible e indetectable. Era ilegal, pero a Valance no le importaba demasiado la ilegalidad.

Su «objetivo» estaba recolectando frutos en aquel momento, unas doradas naranjas de zumo sumamente dulce y de considerables dimensiones. La nave se materializó con un ligero «flop» a pocos pasos de distancia.

El ruido, inaudible a cien pasos de distancia, fue acompañado de una leve pero no dañina onda de aire. María von Uttig oyó el ruido y percibió el soplo, lo que le hizo volver la cabeza inmediatamente.

Una escotilla se abrió en uno de los costados de la nave. Valance saltó al suelo y se encaminó hacia la joven.

María le contemplaba con no disimulado asombro. ¿Era aquel sujeto el autor del mensaje que había recibido en el momento de su partida hacia el destierro?

Valance se detuvo a pocos pasos de María. La joven vestía sucintamente: sujetador y pantalones muy pequeños, lo que permitía admirar casi sin velos la perfección de sus formas anatómicas. Valance la recordaba con una frondosa cabellera negra, que le llegaba hasta la cintura, pero ahora se había recortado el pelo y no tenía mucho más que el recién llegado, pero ello no hacía sino aumentar el singular atractivo que se desprendía de su figura.

—Lamento haberla hecho esperar tanto, señora — se disculpó él—. Créame que no he podido venir antes.

— Usted es el capitán Valance — dijo María.

— Sí, pero ya no tengo derecho a ostentar ese título. Dimití a poco de su captura.

— Leí algo al respecto. Usted era partidario de ejecutarme en el acto.

— Es lo que se dijo en aquellos momentos — contestó Valance, impasible.

—Le comprendo, capitán...

— Dan, por favor, María. A partir de ahora, es preciso que suprimamos los tratamientos, al menos en privado. Incluso usted deberá cambiar de nombre, pero ya hablaremos de esto más adelante.

María enarcó las cejas.

— Creo deducir que fue usted el que me envió el mensaje cuando estaba a punto de despegar —dijo—. Ahora me parece entender otra cosa... abandonar Addols, por ejemplo.

— Justamente —admitió Valance—. Usted va a dejar su confinamiento y vendrá conmigo para descubrir a los auténticos culpables de la destrucción de Thoyadis.

El pecho de la joven se agitó con fuerza.

—¿Qué le ha hecho llegar a la conclusión de que no soy culpable? —preguntó.

— Varios argumentos, que ya conocerá a su tiempo, María. Imagino que a usted no la desagradaría que se publicase su inocencia en este horrible caso.

— Usted, ¿qué cree? —replicó ella, irónicamente —. Pero, ¿hay alguna posibilidad?

— Si no la hubiera, no habrían colocado una bomba en la nave que la trajo hasta aquí —respondió Valance—. Hubiera hecho explosión a los treinta segundos del despegue y usted habría muerto en el acto.

—Eso es una fantasía...

Valance se encogió de hombros.

— Si me cree o no, ya es cuenta suya —dijo—.

— Pero ahí, en mi nave, traigo noticiarios grabados. Podrá leer, por ejemplo, la muerte de una tal Edwina Miller, asesinada por prestarme ayuda en cierto asunto.

—¡Edwina Miller! —repitió María con asombro—. Yo la conocía, aunque superficialmente; algunas veces le había llevado unas cuantas barricas de vino de Chirimos.

— Bebida de dioses, ciertamente — sonrió él —. Y también podrá leer la noticia de la muerte de un sujeto llamado Tell Broy, asesino pagado, el cual falleció al serle devuelto un proyectil térmico lanzado contra su presunta víctima, que hubiera sido yo, de no haber tomado las debidas precauciones.

María empezó a tomar en serio las declaraciones de su inesperado visitante.

— Pero ¿por qué, capitán? ¿Por qué todas esas muertes? —exclamó.

— Están relacionadas con los vivos deseos que el verdadero autor de la destrucción de Thoyadis muestra por continuar en el anonimato —contestó él.

* * *

Valance tomó una naranja y empezó a pelarla con los dedos, sin demasiados remilgos. A María, aquellas semanas de continua estancia al aire libre la habían sentado maravillosamente. Su piel había adquirido ahora un atractivo color tostado, que confería un singular encanto a su figura.

— De modo que el autor de la destrucción... —dijo ella tras una pausa de silencio.

—Quiere ocultar su nombre, con toda modestia, y evitar que se

demuestre la inocencia de la supuesta culpable.

—¿Tiene usted alguna idea de su identidad?

— En absoluto. Sólo sé que está empeñado en impedir mis esfuerzos y que no regatea hombres ni dinero para conseguirlo.

— Usted ha violado la ley al venir a Addols — dijo María.

— No será la única que me salte a la torera — sonrió Valance—. Estas naranjas son riquísimas; algún día me llevaré unos esquejes para el jardín de mi casa de campo.

— Hablemos ahora de cosas más inmediatas, Dan — pidió la joven con cierta impaciencia—. Antes ha dicho, creo recordar, que yo también he de abandonar Addols.

— Sí, eso he dicho, María.

— Pero pueden enviar una inspección...

— Es un asunto solucionado — la atajó Valance —. Por eso he tardado tanto; de lo contrario, habría venido aquí al día siguiente de su llegada.

— Le aseguro que no entiendo...

— Pronto lo sabrá, se lo aseguro — sonrió él —. Hablando con franqueza y, dejando aparte la soledad, ¿qué tal se vive en Addols?

— No puedo quejarme. Todavía no he empezado a construirme una casa, si bien es verdad que tampoco tenía prisa. Con una simple manta me es suficiente para pasar las noches.

—¿Comida?

— Por el momento, frutas y algún pescado del río próximo. Ya empezaba a construirme un arco y flechas. Entonces hubiese dispuesto de carne.

—¡Lástima! —suspiró él—. Si no fuese por este desagradable asunto, a mí también me gustaría quedarme en este paraíso. Pero tendremos que irnos, aunque no será hoy, desde luego.

—¿Por qué, Dan?

El joven se limpió los labios con un pañuelo.

— Nunca había comido naranjas tan sabrosas — confesó. De pronto, lanzó un fuerte grito —. ¡María, ven!

La joven se sobresaltó. Una figura humana apareció en la escotilla de la nave.

—¡Dan! —gritó—. Pero... ¿Qué significa esto? Valance sonreía satisfecho.

— Su doble, María. Un robot idéntico a usted en todo —explicó—. Me lo construyó un viejo artesano, pero también un bandido — masculló.

El robot se detuvo frente a la pareja. María se sentía estupefacta al contemplar aquella máquina hecha con absoluta perfección a su imagen y semejanza.

— Usted encargó que le hicieran...

—Edwina Miller sabía quién podía construirme el robot, sin tener que recurrir a una fábrica del gobierno. No se puede construir un robot idéntico a un ser viviente, la ley lo prohíbe.

— Sí, lo sé. Y empiezo a adivinar que el robot se quedará ocupando mi puesto en Addols.

— Justamente.

— Pero una inspección de la Policía Interestelar...

— En Addols, no debe de haber más que una sola persona: usted. El robot lleva intercalado un circuito emisor de radiaciones humanas. Les bastará con captar las señales desde el espacio, para deducir que usted sigue todavía en el destierro.

—¿Y si se les ocurre interrogarle?

— Por eso dije antes que no podríamos marcharnos ahora mismo. Tiene que grabar en sus circuitos todavía vírgenes todos los detalles personales de usted que pueda recordar. Eso le llevará un par de días, por lo menos.

— Sí, es una buena idea. Pero a mí me reconocerán en seguida apenas aparezca en público, Dan.

Valance sonrió. Sacó de su blusa una fotografía y se la entregó a la joven.

—¿Qué le parece esa chica? —preguntó.

— Guapa, pero basta, Dan. El color del pelo es catastrófico.

— Lo siento, pero ése será su aspecto hasta que hayamos aclarado el enigma —dijo Valance—. Y su nombre será el de Dyea Troo.

— Tiene usted respuesta para todo — confesó María, admirada—. Bien, por mi parte no hay inconveniente en empezar cuanto antes... pero me extraña que haga todo eso por mí un hombre que perdió a su familia en Thoyadis.

— Precisamente por eso quiero encontrar al auténtico culpable, María.

— Me defrauda usted, Dan. Yo creí que lo hacía por demostrar mi inocencia.

— Si encontramos al culpable, ¿no quedará su inocencia plenamente demostrada?

— Eso es algo que aún está por ver, pero no discutiré más. Vamos — dijo ella resueltamente, encaminándose hacia la nave.

— A punto de entrar en el aparato, María se detuvo y se volvió hacia el joven.

— Siento curiosidad por saber una cosa, Dan. ¿Cómo piensa cambiar mi fisonomía?

— He traído conmigo todo lo necesario, incluyendo una peluca de ese color rubio que le resulta tan desagradable —contestó Valance—. Por cierto, usted estaba más hermosa con el pelo largo.

—Aquí era un estorbo y me lo corte dijo ella secamente, a la vez que

empezaba ascender por la escalerilla que conducía a la entrada de la nave.

CAPÍTULO V

Valance llamó a la puerta. María dio permiso y el joven entró en la cámara.

Ella estaba frente al espejo, contemplándose desde distintos ángulos. Valance sonrió al ver las posturas que adoptaba.

—¿Qué tal le sienta su nueva apariencia? —preguntó.

— Empiezo a acostumbrarme. Aunque bien es verdad que me encuentro un poco extraña con mi nueva cara...

— Es una sustancia moldeable y fácilmente adhesiva a la epidermis, porosa para permitir la transpiración y que sólo se puede desprender mediante un líquido especial.

— Espero que no lo pierda usted, Dan. No me gustaría quedarme con esta cara para el resto de mis días.

Valance se echó a reír.

— Eso no es cosa que deba preocuparle — dijo —. Recobrará su aspecto sin dificultades en el momento oportuno.

— Y también me ha hecho cambiar la figura. Vamos, no es que antes fuese un palillo... pero ahora creo que ha exagerado la nota, haciendo que añadiera curvas a mi silueta.

— En todo tiempo y lugar, las mujeres han usado postizos para determinadas regiones de su anatomía — rió Valance —. Con la peluca, tiene usted exactamente el aspecto que yo juzgo adecuado para Dyea Troo.

— Si usted lo dice... — María se volvió de repente hacia él—. He estado hablando dos días seguidos con mi sustituto. Ya no sé qué más decirle, Dan.

—Perfecto. En tal caso, zarparemos de inmediato.

—¿Cuál es su plan? —quiso saber ella—. Aún no me lo ha dicho.

— Es muy sencillo, María. Vamos a reproducir, sencillamente, toda la trayectoria de su último viaje, desde el comienzo hasta el momento del lanzamiento de la bomba que destruyó Thoyadis.

— No acabo de entenderlo, Dan — dijo María, perpleja.

— Creo que no es difícil. En alguna parte de ese viaje se reproducirán las circunstancias que indujeron a todo el mundo, yo el primero, a creer en su culpabilidad. El auténtico culpable tendrá que desenmascararse o lo haremos nosotros, eso es todo.

— Sí, ahora lo veo un poco más claro. Dan, usted me ha dicho que ha tenido un par de tropiezos con los esbirros de ese hombre. ¿Por qué no ha intentado capturar a uno de ellos para obligarle a hablar?

— Hay dos razones muy poderosas, María. Aparte de que, en efecto, una vez lo intenté, cuando iba a ver a Jeunish Barldon, luego reflexioné y me dije que no merecía la pena intentar capturar un prisionero. Primero, el culpable tratará de seguirme por todos los medios y eso, a la larga, debilitará su posición. Segundo, el que intente atacarme recibirá una respuesta fulminante y despiadada, lo cual hará ver a sus esbirros que es peligroso caminar detrás de mis pasos.

— Usted quiere dejarle sin secuaces —adivinó María.—justamente.

— Muy bien. Estoy lista para partir. ¿Cuál es nuestra primera etapa, Dan?

—¿Dónde inició usted el viaje que, oficialmente, terminó en la vertical de Thoyadis?

— En Szardbust, de Vaydor II — recordó María sin vacilar.

— En Szardbust existe la esclavitud. Usted será mi esclava, Dyea Troo —dijo Valance sin pestañear.

— Sí, señor — contestó ella con el acento que habría adoptado una auténtica esclava.

* * *

— El capitán Valance ha desaparecido, señor — informó el teniente Solati.

—¿Seguro teniente?

— Absolutamente, señor.

Hubo una pausa de silencio. Solati aguardaba a que su interlocutor, situado al otro lado del videófono, en el cual, por prudencia, no se había conectado el circuito de imagen, reanudase la conversación.

— Es posible que haya ido a Addols —dijo el otro después de unos segundos de intervalo.

—¿Lo cree usted así, señor?

— Sí, casi estoy seguro. Y ella está en Addols.

— Pero podría fallecer de accidente, por ejemplo.

— No es mala idea. ¿Quién se encargaría de ello?

— Simón Karpis es el hombre adecuado, señor — contestó Solati.

— De acuerdo. Envíele a Addols.

— Sí, señor.

— Ah, otra cosa, teniente.

— Tengo informes de que un tal Boldus Hammerton está en Szardbust. Es un tipo que podríamos calificar de flojo. Resultaría conveniente curar esa cualidad., de un modo definitivo.

— Déjelo de mi cuenta, señor. ¿Algo más?

— Eso es todo..., salvo que quiero saber cuanto antes dónde diablos se

ha metido ese condenado Dan Valance.

— Le informaré apenas averigüe su paradero, señor — prometió Solati.

* * *

Era una ciudad grande, pero construida de un modo descuidado. Szardbust no se podía citar como urbe en la cual se respetase la ley escrupulosamente. Era centro de reunión de aventureros de todas clases y especímenes humanos de los puntos más distantes de la Galaxia.

Vaydor II tenía sus leyes especiales y, de acuerdo con las generales de la Galaxia, la Policía Interestelar no tenía derecho a intervenir en sus asuntos internos, a menos que de ellos se derivase un conflicto interplanetario. Por tanto, la corrupción, el vicio y el desenfreno más absolutos dominaban el planeta.

Y la esclavitud, pero las autoridades de Szardbust tenían buen cuidado de no permitir la captura de esclavos en otros planetas. Ello significaría tanto como dejar que el planeta cayera en la órbita de un gobernador de sector galáctico, designado por el Consejo Supremo de Ligas y Federaciones de Planetas Habitados. Todo era permitido dentro de Vaydor II, pero nada fuera de él.

Valance y María, ella bajo el aspecto de Dyea Troo, caminaban por la calle principal, en busca de alojamiento. María, en calidad de supuesta esclava, caminaba a dos pasos detrás y a la izquierda de Valance, de cuyo equipaje era además portadora.

Del cuello de María pendía la placa dorada que era símbolo de su condición de esclava. El sello del gobierno de Vaydor II estaba grabado a troquel en el metal. Era una hábil falsificación, pero nadie, a menos que tuviese fundadas sospechas de una ficción, se detendría a comprobar su autenticidad.

Atardecía ya. Las luces de Szardbust se habían encendido poco antes. La calle estaba inundada por un vivo resplandor.

Había una animación extraordinaria. Hombres y mujeres de todos los tipos imaginables, y algunos imposibles de imaginar no viéndolos en persona, iban y venían sin cesar por todas partes. Los lugares de diversión eran innumerables. El bullicio y la algarabía resultaban ensordecedores.

De repente, se oyeron algunos chillidos de pavor. La gente se dispersó en todas direcciones.

Estalló una seca detonación. Un hombre se tambaleó, llevándose las manos al pecho.

En la puerta de una cantina, otro hombre le apuntaba con un arma de fuego. Valance recordó de pronto que en Vaydor II estaban prohibidas las armas contaminantes — pistolas desintegradoras y aun térmicas —. Los

contraventores eran ejecutados sin más dilación, incluso, a veces, en plena vía pública.

Pero las antiguas armas de pólvora y los cuchillos y navajas podían usarse sin la menor restricción. El hombre que se tambaleaba había perdido su revólver al recibir el proyectil.

María vio también la escena. Un grito de asombro brotó de sus labios.

Instintivamente, echó a correr hacia el sujeto que ya se desplomaba, con el pecho cubierto de sangre. Valance lo advirtió a tiempo y la agarró por un brazo.

—No cometa imprudencias, no haga nada que pueda significarnos delante de la gente —dijo cortantemente.

Ella se contuvo en el acto. Sin mirarla, sólo con un bisbiseo de los labios, Valance preguntó:

—¿Conocía usted a ese hombre?

— Sí. Era Boldus Hammerton, tripulante de la «Minerva».

—¡Oh! —murmuró el joven.

Hammerton se agitó un poco y murió. Alguien tocó un estridente silbato a corta distancia.

Dos o tres hombres de uniforme se abrieron paso a viva fuerza entre los curiosos. Uno de ellos se dirigió hacia el autor del disparo mortal para interrogarlo.

Otro de los policías se fijó en la pareja, situada a cuatro o cinco pasos del cadáver.

—Ustedes han presenciado el suceso, me imagino — dijo.

— Sólo escuchamos un disparo y vimos caer a ese hombre —respondió Valance. — Parece, sin embargo, que fue un caso de legítima defensa.

—¿Conocía usted al muerto?

— No, señor.

— Su nombre, por favor. Quizá tenga que atestiguar ante un juez.

— No hay inconveniente. Dan Valance, terrestre.

—¿Motivos de la estancia en Szardbust, señor Valance?

— Asuntos propios.

El policía no insistió. Mientras Valance no quebrantase las pocas pero flexibles leyes de Vaydor II, no podía hacerle más preguntas.

—¿Y ella? —señaló a María con la barbilla.

—Mi esclava, Dyea Troo — contestó Valance. Los ojos del policía se fijaron en la placa de esclavitud.

— También tú tendrás que declarar — dijo.

— Sí, señor — contestó María respetuosamente, muy en el papel que Valance le había asignado.

El policía que había interrogado al autor del disparo se acercó a su jefe.

— Sargento, el hombre que disparó asegura que lo hizo en legítima

defensa. Hay bastantes testigos del hecho y todos coinciden en sus declaraciones — manifestó.

— Está bien. ¿Cómo se llama?

— Lou Arqus, señor.

— Que se presente mañana a declarar en la Décima Comisaría. Ustedes —el policía se dirigió a Valance y a María—, vayan también allí. A las diez de la mañana.

—Iremos, sargento — respondió el joven, en cuya mente se había grabado indeleblemente el nombre del sujeto que había disparado contra uno de los que habían tripulado la nave de María.

Minutos más tarde, entraban en el hotel elegido para hospedarse. El recepcionista, al ver la placa de María, dijo que tendría que darle una habitación del último piso.

Valance puso un par de billetes en las manos del recepcionista.

— Dos habitaciones contiguas, con puerta de comunicación — pidió con acento malicioso—. Ella es también algo más que mi esclava.

— Sí, señor — sonrió el recepcionista, mientras María se felicitaba por la máscara que ocultaba sus verdaderas facciones y que también había servido para esconder un violento rubor.

CAPÍTULO VI

La astronave tomó tierra suave y silenciosamente. Simón Karpis saltó al suelo y miró a su alrededor.

Había una mujer entre los árboles, paseándose con aspecto meditabundo. Karpis se acercó a ella con toda cautela.

— No cabe duda, es María von Uttig —murmuró.

Lentamente, sacó una pistola vibratoria y apuntó con todo cuidado hacia la silueta humana que tenía a seis o siete pasos. El proyectil disgregaría la carne y los huesos, convirtiéndolos en una pasta que, en poco tiempo, sería absorbida por el suelo.

La pistola vibratoria, además, no emitía radiaciones delatoras. Karpis apretó el gatillo.

El proyectil alcanzó su blanco. De la figura que Karpis tenía frente a sí salieron violentos chispazos, junto con secos chasquidos y algunas nubecillas de humo blanco.

Karpis se quedó estupefacto durante unos segundos. Luego corrió hacia la figura que yacía en el suelo inmóvil y de la que brotaban todavía algunas columnitas de humo por los orificios de la nariz y la boca.

Con mano trémula palpó la piel de la supuesta difunta. Sacó un cuchillo y trazó varios cortes en distintos puntos del cuerpo tendido en tierra.

Unos minutos más tarde, echaba a correr hacia la nave. Sin detenerse siquiera en despegar, conectó la radio en onda subespacial y puso en funcionamiento la máquina de cifra automática.

Envió un mensaje de llamada. La respuesta llegó a los pocos segundos, igualmente cifrada:

— Adelante. Listos para recepción del mensaje.

— Tengo una noticia muy importante. María von Uttig no está en Addols. Un robot la sustituyó.

—¿Seguro, Simón?

— Absolutamente, teniente. Confieso que en el primer momento, me engañé al recibir las señales de un organismo humano, pero, por lo visto, el robot tenía incorporado un emisor de esa índole. Luego, cuando disparé contra ella...

— Simón, me gustaría oír que estás equivocado —masculló Solati.

— Teniente, los seres humanos no despiden humo al recibir un proyectil vibratorio ni saltan sus fusibles ni se destruyen sus circuitos. Ni tampoco tienen un esqueleto metálico, ¿me ha comprendido?

Solati se quedó muy preocupado al recibir aquel informe. Si María von

Uttig había dejado un robot en su puesto, significaba que ya no estaba en Addols.

Y si había abandonado el asteroide, era que alguien la había ayudado, no cabía la menor duda. Solati se figuraba incluso el nombre de la persona que había ayudado a María a escapar de su lugar de confinamiento.

* * *

—Señor, he captado un mensaje extraño y me gustaría que usted lo escuchara — dijo el radio de turno en la astronave de patrulla de la Policía Interestelar.

El capitán Ughli Shahn, al mando de la patrullera, miró con interés a su subordinado.

—Mike, captamos muchos mensajes al cabo del día —dijo—. La mayor parte no tienen interés...

— Salvo cuando, casi con toda seguridad, se emiten desde la superficie de Addols, señor —respondió Mike Brand con firme acento.

Shahn casi dio un salto en el asiento.

—¿Qué está diciendo, Mike? —exclamó.

— Además, el mensaje ha sido enviado por onda subespacial número doce-bis, prohibida al público, como usted sabe y, por si fuera poco, empleándose una cifradora automática.

—¿Lo ha grabado usted, Mike? —quiso saber el oficial.

— Está en mi cabina, señor. El original y un duplicado que he obtenido para mayor seguridad, además, naturalmente, de las voces del emisor y el receptor del mensaje.

— Muy bien. — Shahn abandonó su asiento —. Vamos allá. Si el mensaje, como parece, procede de Addols, puede significar algo verdaderamente interesante.

— Lo mismo había pensado yo, señor — convino el operador de radio.

* * *

El hombre abandonó la cantina tambaleándose, con paso no muy seguro a consecuencia del exceso de alcohol que llevaba en el cuerpo. Una sombra le siguió sigilosamente hasta llegar a un lugar apropiado, donde la oscuridad era casi absoluta.

Entonces, un lazo pasó sobre la cabeza de Lou Arqus y se ciñó prietamente a su cuello. Valance sujetaba con ambas manos los extremos del lazo.

— Arqus —dijo a media voz—, quiero hacerte unas preguntas. Si

gritas, apretaré el lazo. Tiene un filo especial hacia la parte de tu yugular, así que imagínate lo que ocurriría si desobedeces mis órdenes.

La frente del sujeto se cubrió de un sudor frío.

— No... no gritaré —contestó, con un audible castañeteo de dientes.

— Bien, entonces, dime, ¿quién te pagó por matar a Hammerton?

— No puedo revelarlo... Me mataría...

— Yo estoy mucho más cerca, Arqus —dijo Valance en tono implacable—. Vamos, respóndeme o te degüello.

El sujeto se desmoronó.

— Kayt Arnoldson —contestó.

—¿Quién es ese tipo?

— Bueno, de cuando en cuando... me encomienda un... un trabajo.

—¿Desde la Tierra?

— No. Vive aquí, en Szardbust... Número siete mil ochocientos dos...

No había nombres en las calles de Szardbust, sólo una cifra para cada caso, la cual, cuando se conocía la combinación, era fácil de hallar.

— He de suponer que a Ardoldson le encargó alguien la muerte de Hammerton —dijo Valance.

— Sí, pero él no dice nunca quién se lo ordena, ¿comprende?

— Vamos, se trata de una especie de agencia de asesinos.

Arqus calló. Valance se dijo que ya sabía bastante y retiró el lazo.

El asesino se volvió hacia él. Valance manejó sus puños con increíble velocidad.

Arqus se desplomó al suelo, con la cara tumefacta, sangrando por boca y narices y con varias piezas dentarias de menos. Valance se inclinó sobre él y le registró los bolsillos.

Un fajo de billetes pasó a su poder. Valance se embolsó el dinero sin el menor escrúpulo, pero no porque lo necesitase, sino para que, cuando la patrulla recogiese a Arqus, supusieran que había sido atacado para robarle.

Por su parte, Arqus se cuidaría mucho de declarar los verdaderos motivos del ataque.

* * *

María se bañó durante largo rato, habiendo cerrado previamente, con todo cuidado, las puertas de su habitación y del cuarto de baño. Los postizos del cuerpo podían quitarse con facilidad, no así los de la cara, y no quería ser sorprendida en una situación inconveniente.

Al terminar de bañarse, adoptó de nuevo la figura de Dyea Troo. Se vistió, peinó la peluca, se la puso sobre sus negros cabellos y luego, aunque con ciertas aprensiones, se acercó a la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Valance.

Llamó suavemente con los nudillos. Valance no contestó.

Extrañada, abrió la puerta. El dormitorio estaba vacío y la cama, según apreció, no ofrecía huellas de haber sido usada.

María se sintió preocupada por la inesperada ausencia del joven. Después de unos momentos de reflexión, decidió esperar su regreso.

Transcurrieron varias horas. María estaba en un sillón y ya daba frecuentes cabezadas cuando, de pronto, oyó que se abría la puerta de la otra habitación.

Inmediatamente, se puso en pie. Valance se extrañó de ver abierta la puerta de comunicación entre los dos dormitorios, pero, casi en el acto, vio a la muchacha en el umbral.

— Creí que estaría durmiendo —dijo—, extrañado, de verla despierta.

Quería hablar con usted, pero me encontré con que había salido. ¿Adonde fue?

— Tenía que hacer algo. — Valance sonreía ligeramente, mientras se despojaba de la cazadora que usaba corrientemente.

—Me ha tenido muy inquieta. ¿Por qué no me avisó de su salida?

— María, no olvide su papel en Szardbust —contestó él.

— Bueno, de acuerdo, pero estando a solas... ¿Es que no me va a explicar lo que ha hecho?

—¿Y si fuese algo imposible de explicar a una dama honesta?

María se puso muy colorada. De pronto, dio media vuelta y entró de nuevo en su dormitorio.

—¡Espere, no cierre! —ordenó él. María se detuvo, aunque sin volverse.

—¿Va a contarme los sucios detalles de una aventura amorosa? —preguntó.

Valance se acercó a ella con una copa en la mano.

— Mi aventura no ha tenido nada de amorosa — manifestó—. Usted dijo que Hammerton había sido tripulante de su astronave.

—Es cierto. Y siento mucho que haya muerto... —¿Qué pasó con su tripulación después de que la arrestamos, María?

— Bien, todos mis bienes fueron confiscados, como usted no ignora. La «Minerva» fue vendida en pública subasta, se abonaron los sueldos pendientes a la tripulación y el resto quedó como indemnización por daños y perjuicios a los familiares de las víctimas de Thoyadis.

— Es decir la tripulación se desperdigó.

— Claro. ¿Qué quería que hiciesen?

— Sí, tiene razón. — Valance tomó un sorbo —. La muerte de Hammerton no me pareció demasiado natural... Bueno, no murió de enfermedad, precisamente; pero me hizo recelar.

—¿Y...?

— Escuché el nombre del tipo que disparó contra Hammerton. Empecé a buscarle aquí y allá, lo que me costó varias horas. Finalmente, conseguí localizarlo. Entonces le esperé y, en un callejón oscuro, el tipo confirmó mis hipótesis.

— Los ojos de María se abrieron desmesuradamente.

—¡Fue un asesinato! —exclamó.

— Justamente. —Valance apuró la copa y la dejó a un lado—. Por encargo —añadió.

— Pero ¿quién lo ordenó?

— Arqus, es decir el asesino, me dio un nombre. Él no sabe más y es lógico; quien encarga un asesinato, quiere seguridad, ante todo. Ahora bien, Arqus recibió la orden de un tipo que se dedica a eso, precisamente: a suministrar asesinos a sueldo. Es natural que los tipos como Arqus se limiten a saber el nombre de su víctima y a cobrar el dinero de su tarifa.

Valance sacó un fajo de billetes que enseñó a la joven.

— Dos mil «garants» — anunció.

El horror aparecía en el rostro de María.

—¿Lo ha matado usted? —preguntó.

— No, sólo le di una buena paliza y lo dejé abandonado en el callejón. Y si tomé el dinero es para que cuando lo recoja la patrulla se crean que ha sido golpeado para despojarle. ¿Lo entiende ahora?

Ella se relajó notablemente.

— Sí — contestó —. Dan, discúlpeme por haber dudado de usted.

— No se preocupe — sonrió él —. Por cierto, mañana tenemos que ir a declarar a la Décima Comisaría.

— Es cierto. Será un simple trámite, supongo.

— Desde luego. Y a continuación iremos a ver a la persona con la que usted tenía tratos comerciales en Szardbust. ¿Quién es?

— Ithamar Ben-Saar, Dan — contestó la joven.

— He oído hablar de él. Astuto y con un ojo de águila para los negocios, pero también honrado.

—No hubiera tenido tratos con el si no lo fuera, Dan —aseguro María —. Bien ¿que hacemos después?

Valance sonrió.

—Visitaremos a un tipo llamado Kayt Arnoldson —contesto

—¿Quién es ese hombre? — quiso saber la joven.

—El tipo que contrato al asesino de Hammerton.

CAPÍTULO VII

Ithamar Ben-Saar era un sujeto alto y delgado, de ojos perspicaces y nariz ligeramente ganchuda, pero amable y cortés en sus maneras y expresiones. Valance tuvo que esperar unos minutos a ser recibido por el comerciante, debido a que éste se hallaba ocupado con una visita. La espera, sin embargo, no fue demasiado larga.

Un secretario introdujo a la pareja en el despacho de Ben-Saar. El comerciante se levantó tras su mesa y saludó con una ligera inclinación de cabeza.

— Es un placer conocerle, capitán — dijo —. He oído hablar de usted más de una vez a los hombres de la Patrulla Interestelar.

— Esos chicos tienden habitualmente a la exageración — sonrió el visitante —. Ah, no le he presentado todavía. Ésta es Dyea Troo, mi esclava.

Ben-Saar miró largamente a la joven, que permanecía en pie, silenciosa e inmóvil, mientras Valance había tomado asiento en un sillón.

—¡Ah! — murmuró con indiferencia —. Capitán, tengo un Falerno excelente.

— Aceptaré una copa con mucho gusto, señor Ben-Saar.

El comerciante llenó dos copas. Él se quedó una y entregó la otra a su visitante, haciendo caso omiso de María. La joven estaba muy sulfurada interiormente, pero no le quedaba otro remedio que continuar manteniendo la ficción.

—¿Y bien, capitán? ¿Cuál es el motivo de su visita? — preguntó Ben-Saar, después de tomar unos sorbos ele vino.

— Usted encomendó a María von Uttig el transporte dé unas mercancías hasta Eardmon. No era la primera vez, creo.

— Es cierto — admitió el comerciante —. Pero ¿por qué me lo pregunta usted?

— Quizá se lo diga más adelante —sonrió Valance—. Señor Ben-Saar, usted recuerda cómo fue destruida Thoyadis.

— Más o menos, capitán.

— Alguien lanzó una bomba IMP-EXP. Se acusó y juzgó culpable a la capitán y propietaria de la nave, María von Uttig, y no hay duda de que la bomba fue lanzada desde su astronave.

María hizo un leve movimiento de indignación, como para protestar de aquella afirmación, pero se reprimió casi en el acto.

— Capitán —dijo Ben-Saar—, ¿trata de decirme que fui yo quien

colocó a la bomba a bordo de la nave de una magnífica cliente y gran amiga?

— No, ni mucho menos, señor Ben-Saar. Usted es listo, pero alguien pudo engañarle.

— Quizá, aunque lo dudo. Siga, capitán.

— Una bomba IMP-EXP tiene un peso determinado, fluctuante dentro de unos límites no demasiado amplios. Por la lista de mercancías cargadas en la «Minerva», en las cuales, como es preceptivo, ha de figurar el peso de cada bulto, podremos saber, acaso, si fue cargada aquí la bomba que luego se arrojó sobre la vertical de Thoyadis.

Ben-Saar se acercó a la mesa y tocó un interruptor Luego dijo solamente:

—¿Archivo?

— Sí, señor — contestó una voz al otro lado del interfolio.

— Envíeme la copia de la lista de embarque de mercancías del último viaje de la «Minerva».

— Al momento, señor.

Minutos más tarde, un empleado traía el documento requerido. Ben-Saar lo puso en manos del joven, quien empezó a repasarlo de inmediato.

Al cabo de unos momentos, Valance devolvió la lista a su dueño.

— Aquí no figura —dijo—. Hay un par de bultos de un peso relativamente aproximado, pero, como también se indica el volumen en decímetros, cúbicos, debo descartarlos como sospechosos.

— Ah, ya. Y, ¿cuánto suele pesar una bomba IMP-EXP, capitán? — preguntó Ben-Saar.

— La media es de dos toneladas y trescientos kilos, oscilando entre diez o doce en más o menos. El volumen es de unos mil ochocientos decímetros cúbicos, con una oscilación también de tres o cuatro decímetros en ambos sentidos. Ello depende de los mecanismos de control que se agreguen o supriman: altímetros, emisora de televisión para seguir su trayectoria, señales de radio, receptores de ídem para captar la señal de ignición... Pero, insisto, las oscilaciones son muy pequeñas.

— Ya entiendo, capitán. Pero si la culpabilidad de María von Uttig quedó demostrada, ¿por qué investiga usted algo que ya está zanjado definitivamente?

Valance se puso en pie.

— Eso es lo que cree la mayoría de la gente — contestó.

— Usted no, por lo visto —sonrió Ben-Saar.

— No. Gracias por todo, señor Ben-Saar — se despidió el joven.

— Dan — llamó el comerciante cuando Valance estaba ya junto a la puerta.

Valance se volvió y le miró inquisitivamente.

— Tengan cuidado —aconsejó Ben-Saar.

— No sé qué quiere decir...

Había una sonrisa astuta en los labios de Ben-Saar al decir:

— Los ojos de María, aunque ahora lleve lentillas de color, son inconfundibles para quien la conoció bien, como yo, Dan.

Valance se puso rígido.

— Pero no teman ninguno de los dos — añadió Ben-Saar—. Siempre la aprecié muchísimo es una muchacha de todas prendas y jamás llegué a creer que fuese capaz de destruir Thoyadis. ¡Buena suerte a los dos! —concluyó el comerciante.

* * *

— Me van a descubrir —dijo María, furiosa, una vez en la calle—. Ben-Saar me ha reconocido, a pesar del disfraz...

—¿Y cuántos más tienen su vista? — rezongó Valance—. De Ben-Saar tengo excelentes informes. No me preocupa en absoluto que sepan que usted no está en Addols, créame.

—Pero tal vez otros... Valance se paró en seco.

— María, por todos los diablos, ¿quiere demostrar su inocencia sin correr riesgos? El que destruyó Thoyadis y mató de golpe a treinta y seis mil personas ha probado sobradamente su falta de escrúpulos. Opino que hice bien sacándola de Addols; allí hubiera sido una presa fácil para el asesino, ¿comprende?

— Le ruego me dispense, Dan —murmuró ella en tono contrito—. Las palabras de Ben-Saar me pusieron nerviosa...

— Hay que saber dominar los nervios o fracasaremos — gruñó él—. Además, necesito su ayuda; hemos de reconstruir su viaje a fin de llegar al fondo del asunto.

— Sí, Dan. Pero, dígame, ¿de veras cree que corría peligro de ser asesinada en Addols?

— No me hubiera extrañado en absoluto. Y ahora, vamos a ver a ese condenado Arnoldson.

La residencia de Arnoldson era un elegante chalet situado en la ladera de una montaña, desde la cual se divisaba un magnífico panorama. Estaba a un par de kilómetros de la ciudad y tuvieron que hacer el desplazamiento en un monorrueda alquilado.

Valance se había preparado debidamente para la entrevista. Arnoldson, estimaba, debía de ser un sujeto muy peligroso.

Estaba en su jardín, cubierto con un sombrero de paja y vestido únicamente con unos pantalones cortos, cuidando sus rosales. Vio a la pareja y frunció el ceño.

—¿Puedo servirles en algo? —preguntó.

— Soy Dan Valance — se presentó el joven —. Mi esclava Dyea, señor Arnoldson.

— Tanto gusto — contestó el sujeto, de unos cincuenta años y vientre ya un tanto prominente—. Bien, usted dirá, señor Valance.

— Se trata de un tipo llamado Arqus. Percibió dos mil «garants» por asesinar a un tal Boldus Hammerton.

Arnoldson levantó las cejas.

— He oído el suceso en el noticiario matutino — declaró—. Pero no veo qué tengo yo que ver con...

— Arqus me dijo que usted le ordenó matar a Hammerton.

Arnoldson guardó silencio unos instantes.

— Será mejor que entren en la casa —propuso al cabo—. Síganme, por favor.

— Con mucho gusto.

La casa era elegante y espaciosa. Arnoldson atravesó el gran vestíbulo y abrió la puerta de su despache.

— Pasen — invitó.

— Usted primero, señor Arnoldson —dijo Valance, a la vez que le miraba con fijeza a la cara.

Arnoldson hizo un encogimiento de hombros. Entró en el despacho y se situó tras la mesa.

—¿Y bien? —dijo.

— Arqus asesinó a Hammerton, fingiendo una disputa, seguramente, provocada por el primero. Yo hablé con Arqus anoche. Él declaró que fue usted quien le ordenó matar a Hammerton.

—Es raro —murmuró Arnoldson—. Siempre fié en la discreción de Arqus. Veo que estaba engañado.

— Y, por tanto, quiero que me diga quién le encomendó a usted la muerte de Hammerton.

Arnoldson guardó silencio unos momentos. Su mano derecha se deslizó imperceptiblemente hacia uno de los cajones de su mesa.

Valance no le perdía de vista en ningún momento.

— No intente nada contra mí, Arnoldson —avisó.

María contuvo la respiración. De pronto, Arnoldson tiró del cajón hacia afuera y metió la mano en su interior.

Un revólver empezó a asomar fuera de la mesa. La mano de Valance se movió con relampagueante rapidez.

En el pecho de Arnoldson apareció de pronto, como por arte de magia, el mango de un cuchillo. Arnoldson gritó y se tambaleó, intentando arrancarse el arma clavada en su carne hasta la empuñadura.

María se metió una mano en la boca, mordiéndosela maquinalmente,

para no lanzar un alarido de horror. De súbito, Arnoldson se ladeó y cayó al otro lado de la mesa.

Valance saltó hacia el caído y se arrodilló a su lado. Los ojos de Arnoldson le miraron turbiamente.

—¿Cómo supo que yo... quería disparar...? No me moví apenas... —jadeó débilmente.

Valance no hizo caso de la pregunta.

—¿Quién le pagó por ordenar la muerte de Hammerton? — preguntó.

La cabeza de Arnoldson se dobló de pronto a un lado. Valance se puso en pie, sabiendo que ya no obtendría la respuesta deseada.

Se volvió hacia la joven. Ella le miraba con ojos en los que se reflejaba todo el horror de la situación.

— Lo siento — se disculpó él —. Arnoldson no me dejó otra alternativa.

María asintió.

— Usted adivinó que él iba a...

Empezó a sudar de pronto. Su torso se puso brillante en cuestión de segundos. Era un síntoma inconfundible de su tensión interior. Yo me preparé para repeler su ataque, eso es todo.

—¿Y el cuchillo?

Valance torció el gesto.

— Tendré que hacer algo desagradable —dijo, volviendo a arrodillarse junto a Arnoldson—. Ha sido en legítima defensa, pero, aun así, no puedo dejar rastros comprometedores.

María se volvió para no ver cómo Valance limpiaba el cuchillo en los pantalones del muerto.

—¿Quién le enseñó a tirar así, Dan? —preguntó.

— Un antiguo conocido, especialista en este arte respondió él, tras haber guardado el arma en el arnés que llevaba bajo la manga de su cazadora—. Pero nunca me había visto obligado a usarlo de un modo real.

Valance se acercó a la joven y oprimió afectuosamente uno de sus brazos.

— Trate de reponerse —dijo con acento persuasivo—. Arnoldson no ha recibido más que lo que se merecía.

— Sí, Dan.

— Ahora vamos a registrar la casa, aunque dudo mucho de que encontremos nada positivo. Esta clase de negocios se llevan con la cabeza, María. Todo lo más, se toman notas que se destruyen inmediatamente o se envían o reciben mensaje en papel auto-combustible.

—¿Cómo? —preguntó ella, extrañada.

— Es un papel especial, que se destruye por autocombustión a los cinco o diez minutos de haberlo extraído del sobre que lo contenía.

— Pero mientras se escribe el mensaje...

— El papel es especial, insisto, y el sobre, al cerrarse, completa el ciclo químico que lo convierte en autocombustible. Antes de entrar en el sobre, tratado también especialmente, el papel puede conservarse normal por tiempo indefinido.

— Entiendo. Así pues, usted opina que no encontraremos nada.

Valance lanzó un suspiro de resignación.

— Lo intentaremos, pero es perder el tiempo — contestó.

Sus palabras resultaron proféticas: en toda la casa no encontraron el menor dato que pudiera ponerles sobre la pista del objetivo deseado.

CAPÍTULO VIII

El informe que recibió Solati le puso sumamente nervioso. Tras unos segundos de indecisión, se decidió a pasarlo a su jefe.

—¿Coronel? —llamó.

— Como de costumbre, el rostro de Morbinrhson no apareció en la pantalla.

— Hable, teniente — dijo en tono seco.

— Valance ha sido visto en Szardbust, señor.

— Eso no me gusta en absoluto — mascullo el otro—. ¿Qué más, Gino?

— Arnoldson ha sido asesinado. Apareció apuñalado en su casa, aunque no se encontró el arma homicida.

— Esto empeora — gruñó Morbihrson —. Siga, Gino.

— Valance ha sido visto en Szardbust con una esclava, una joven alta y rubia y con muchas curvas. Opino que es María von Uttig, hábilmente disfrazada, señor.

— Sabiendo que en Addols dejaron un robot para que ocupase el puesto de ella, no cabe duda: es la fugitiva. Gino, habrá que dictar una orden general de persecución y captura contra María von Uttig y su o sus cómplices en la evasión. Deben ser capturados vivos o muertos, ¿me ha entendido?

Solati dudó.

— Señor...

—¿Qué le sucede ahora, Gino? ¿No le agrada mi decisión?

— Con el debido respeto, señor; opino que extender la noticia a casi cien mil patrulleros podría dañarnos gravemente. Creo que lo mejor es solucionar el asunto con el máximo de discreción.

— Son unos delincuentes, Gino — advirtió Morbihrson con severidad.

— Sí, señor — admitió Solati —, pero hemos de tener en cuenta que Valance tenía muchos y muy buenos amigos. A la mayor parte de ellos les repugnará cumplir la orden, sin contar que pensarán que Valance no ha hecho una cosa así sin poderosos motivos.

Morbihrson torció el gesto, aunque Solati no lo vio.

— Es probable que tenga usted razón —convino —. ¿Qué otras noticias me da acerca de Valance?

— Han abandonado Szardbust y se dirigen a Thanathakis, en Omh IX, señor.

—¡Hum! Diríase que tratan de seguir la misma ruta que el último viaje

de María.

— Opino lo mismo, señor. Allí tenemos un buen elemento... y sé que viven dos tripulantes de la «Minerva». Valance y María los interrogarán, sin duda.

— Bien, dile a ese sujeto que se encargue del asunto. Pero que no falle, ¿me ha entendido, Gino?

— Sí, señor, aunque...

—Hable, Solati —pidió Morbihrson con impaciencia—. No me venga con rodeos. ¿Qué le pasa ahora?

—Dinero, señor.

Hubo un momento de silencio. Al fin, Morbihrson pidió una cifra.

— Veinte mil, coronel, ni un céntimo menos — respondió Solati—. De, lo contrario, el hombre de Thanathakis no querrá aceptar el encargo.

— Está bien, ahora mismo le enviaré un cheque — contestó Morbihrson —. Y a ver si en la próxima ocasión me da mejores noticias, Gino.

— Eso espero, señor — dijo Solati, a quien el curso de los acontecimientos empezaba ya a poner nervioso.

* * *

— He recibido un encargo para ti, Clark —dijo Groul Dakkor.

Clark Day estaba sentado en un cómodo sillón, limpiándose las uñas con una navaja de punta tan fina como la de un alfiler. Sin mirar siquiera a su interlocutor, preguntó:

—¿Cuánto?

— Dos mil, Clark.

—¿Nombre?

— Tengo tres en lista, pero tú te encargarás del primero. Dan Valance.

El asesino profesional levantó la cabeza, vivamente sobresaltado.

—¿Ha dicho Valance, Groul? —preguntó.

— Sí, eso mismo he dicho, Clark.

Day se puso en pie.

— Entonces, olvídeme, Groul —dijo—. No tengo ganas de dejarme la piel en el empeño.

— Tres mil, Clark.

— Ni por todo el oro de la Galaxia, Groul. Valance es demasiado peligroso y, si son ciertos los rumores que corren por ahí, que sí parecen serlo, no encontrará a nadie que quiera aceptar su encargo.

Dakkor se quedó parado al escuchar aquella respuesta.

— Valance es un hombre como los demás...

— Kayt Arnoldson así lo creía, y también Lou Arqus, buen amigo mío.

Arqus suda todavía de pensar lo cerca que estuvo de morir, cuando Valance lo atrapó sin saber cómo. En cuando Arnoldson, cometió el error de menospreciar a su presunta víctima y ahora tiene cuatro palmos de tierra encima. Y si recordamos a Tell Broy, «especialista» en fusiles térmicos, el cuadro quedará completo. ¿Lo entiende ahora, Groul?

Dakkor se sentía atónito.

— Pero ese hombre es un verdadero demonio — exclamó.

— Hará bien en tenerlo en cuenta, Groul — aconsejó Day—. En cuanto a mí, olvídeme para todo lo que se relacione con Valance.

— Espera, no te vayas, Clark — masculló Dakkor, lleno de frustración por las noticias que acababa de recibir—. Tengo dos nombres más...

—¿Tienen algo que ver con Valance?

— Pues... casi lo juraría...

Day se encaminó hacia la puerta.

— Groul, dudo mucho de que encuentre en Thanathakis a nadie que quiera aceptar el encargo — dijo, ya con la mano en el pomo de la puerta— ¿ Mucho me temo que tendrá que hacerlo usted en persona, pero, en tal caso, le aconsejo que haga testamento antes de buscar al capitán.

Day abandonó la estancia. Dakkor se quedó solo, mascullando mil maldiciones.

Al cabo de unos momentos, más serenado, decidió que Valance no podía ser tan fiero enemigo como se lo habían pintado.

Había recibido un cheque de veinte mil «garants». No podía eludir el compromiso o el autor de la remesa de fondos le haría pasar un mal rato.

—¡Y qué diablos! —concluyó sus amargas reflexiones— a pesar de lo que digan, Valance no es más que un hombre como otro cualquiera.

* * *

Dan Valance repasó un par de veces la lista de mercancías. Decepcionado, devolvió los papeles al comerciante.

— Lo siento —dijo—, no encuentro ningún envío sospechoso, señor Rain't.

—¿Esperaba encontrar algo, capitán?

— Alguien colocó en el cargamento de la «Minerva» una bomba IMP-EXP, disfrazando el envío con otro nombre, claro. Estoy buscando al individuo que realizó la operación, señor Rain't.

— Comprendo —dijo el comerciante—. Pero de mis almacenes, puedo jurarlo, no salió nada parecido hacia la «Minerva».

— No digo que fuera usted, claro, aunque también sé que es consignatario. Alguien pudo haberle encomendado el transporte...

La mano de Rain't señaló hacia los documentos.

— El bulto sospechoso figuraría en esa lista de embarque — dijo.

— Sí —convino Valance resignadamente —. De todas formas, muchas gracias. Seguiré buscando, señor Rain't y espero tener mejor suerte en la próxima ocasión.

Rain't se echó hacia atrás en su asiento.

— Capitán, diríase que usted busca probar la inocencia de María von Uttig —dijo.

El rostro de Valance permaneció impasible.

—¿Cuál es su opinión al respecto, señor Rain't? — inquirió.

—¿Mi opinión? — El comerciante soltó una risita—. El juez U-Shi opinó por mí y por todo el mundo.

— Es una respuesta muy acertada, señor Rain't.

— Y no olvide usted que María tenía muy buenas razones para desear la destrucción de Thoyadis.

— También es cierto — admitió Valance.

— Pero de mis almacenes no salió la bomba IMP-EXP, se lo aseguro.

— Así parece, señor Rain't. .

— En todo caso, pregúntele a Cleo Signes, en Rehnoria. Ella también hacía tratos con María von Uttig.

—¿Ha dicho Signes, señor Rain't? — replicó el joven vivamente.

—Sí, eso he dicho, capitán. Valance dio media vuelta.

— Adiós. Gracias por todo — se despidió.

María no había asistido a la entrevista. Valance había juzgado oportuno dejarla en el hotel.

La noticia recibida de Rain't le había llenado de excitación. Por primera vez en largas semanas, se dijo, acababa de encontrar una pista.

Thanathakis era una ciudad relativamente pequeña, en donde las distancias eran cortas. Valance Se encaminó al hotel con paso vivo, pero, de repente, al pasar por delante de una taberna, oyó que alguien le llamaba.

— Capitán.

Valance volvió la vista. Apoyado en una de las jambas de la puerta, un sujeto de mirada atravesada le contemplaba con aire especulativo.

— Acérquese, capitán —dijo el tipo. Valance dio un par de pasos recelosos.

— A usted me parece conocerle — dijo —. Se llama Clark Day.

— Ése es mi nombre, capitán — admitió el sujeto sin pestañear.

— Usted tiene un oficio tal vez muy productivo, pero nada honesto — añadió Valance—. Es usted un asesino profesional, Day. ¿Quién le ha pagado por quitarme de en medio?

* * *

— Tiene usted razón para recelar de mí, capitán, pero en la presente ocasión, está equivocado — dijo el sujeto.

— Increíble — murmuró Valance.

— Lo crea o no, así es —insistió Day—. Usted ha quitado de en medio a Broy, se burló de un tipo como Arqus y se ha «cargado» a Arnoldson...

— No se sabe quién mató a Arnoldson, Day — dijo el joven con los ojos entrecerrados.

— Oficialmente, claro. Pero cuando a mí, hoy, me propusieron matarle a usted y recordé en el acto a los tres tipos mencionados, me negué en redondo. ¿Lo comprende ahora?

— Interesante, Day. Nunca habría esperado un detalle tan fino de un asesino a sueldo.

— Capitán, la vida, a veces, le convierte a uno en lo que nunca querría haber sido —dijo Day filosóficamente—. No obstante, y dentro de lo que cabe, soy un tipo decente. Nunca me he «cargado» a una persona que, de un modo u otro, no se mereciese ir al otro mundo.

— Conmovedor — sonrió Valance.

— Los hay que aceptan encargos, sin pararse a pensar siquiera en la víctima. Nunca acepté uno de los encargos más comunes: matar a un marido viejo y rico, para que la esposa joven y guapa se quede viuda. O viceversa, claro. Ni tampoco, por ejemplo, liquidar a un fulano para que su puesto quede vacante y el encomendante lo ocupe.

— A estas alturas, Day, todavía me hará creer que es usted un tipo justiciero — dijo Valance con sorna.

— Alguno de los que suprimí merecían morir diez veces, pero éste ya no es tema de discusión, capitán. Le repito que hoy me han propuesto quitarle a usted de en medio y, aparte de que le juzgo muy peligroso, no hubiera podido hacerlo, porque usted está llevando a cabo una labor muy meritoria.

—¡Cuánto honor para mí, Day!

— Usted puede burlarse de mí si quiere, y lo encuentro natural, dados mis antecedentes, pero le he hablado con absoluta sinceridad. Naturalmente, con el otro he sido menos sincero; sólo le he dicho que no podía aceptar el encargo porque es usted demasiado peligroso.

— Muy bien, Day —contestó Valance—. Admitiré sus explicaciones. Pero si es tan sincero como pretende, déme ahora el nombre de la persona que le ordenó asesinarme.

— Groul Dokkor, coordenadas 4A-19E, lado Sur.

— En Thanathakis, debido al trazado absolutamente cuadriculado de la ciudad, no había nombres de las calles, sino que los edificios se designaban por las coordenadas que ocupaban en el plano urbano. Dada la práctica igualdad de las casas, todas tenían cuatro puertas, cada una de las cuales

estaba orientada a uno de los puntos cardinales. Encontrar, por tanto, una casa, con los datos recibidos, no iba a resultarle difícil a Valance, quien había memorizado la dirección, a fin de utilizar el dato en el momento adecuado.

— Gracias, Day — contestó el joven —. Lo tendré en cuenta algún día.

El asesino hizo un gesto con la mano.

— Suerte, capitán —se despidió.

CAPÍTULO IX

— Ya tengo la dirección de los otros dos tripulantes de la «Minerva» — exclamó María, muy excitada, apenas vio que Valance entraba en su habitación.

— Estupendo — contestó él —. ¿Cree que debemos visitarlos ahora mismo?

— Recuerde lo que le pasó al pobre Hammerton, Dan — respondió ella.

— Bien, en tal caso, no se hable más. Y, a decir verdad, me parece una decisión acertada, porque sé que en Thanathakis se ha recibido orden de asesinarme.

María le dirigió una mirada sobresaltada.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

— He hablado con el que debía haberme asesinado y que se negó a aceptar el encargo —contestó él, a la vez que la asía suavemente por el brazo—. Vamos, hablaremos por el camino.

— Suélteme, no está bien que un hombre libre lleve así a su esclava — dijo María.

Valance sonrió para sí, porque había notado el súbito estremecimiento de la joven, al sentir el contacto de su mano en el brazo. Sin decir nada, abrió la puerta y emprendieron el descenso hacia la planta baja.

— Usted me guiará —indicó Valance, cuando estuvieron ya en la calle.

Ella hizo un signo de asentimiento. Caminaron un centenar de metros y, de repente, Valance oyó una voz que pronunciaba su nombre:

—¡Dan! ¡Dan Valance!

El joven volvió la cabeza. A pocos pasos de distancia, en la puerta de una cantina, había un hombre con el uniforme de la Patrulla Interestelar.

—Ughli Shahn — exclamó Valance, acercándose al oficial—. ¿Qué diablos haces aquí, en Thanathakis?

— Ya ves, asuntos del servicio — sonrió Shahn —. Anda, entra y tomaremos una copa, mientras charlamos un poco, Dan.

— Tengo prisa...

— Lo que vas a oír te interesa mucho, Dan. Por cierto, ¿quién es esa rubia tan bien esculpida?

—Dyea Troo, mi esclava. Shahn enarcó las cejas.

— Nunca me imaginé que acabarías comprando una esclava. Bien es verdad que, como dijo aquel, vivir para ver. Anda, entra, entra.

Los dos hombres se acercaron al mostrador. María, siguiendo en su

papel, hubo de quedarse en la puerta, ya que no podía beber con los hombres libres en público.

—¿Y bien, Ughli? —dijo Valance, después del primer trago.

— Es algo un tanto extraño, Dan. Quizá tú, que tienes mucha experiencia, puedas aconsejarme. Hace algunos días, mi operador captó una conversación cifrada en nuestra onda especial. El hecho le intrigó, pero más todavía el contenido de esa conversación.

—¿Se refería a mí, Ughli?

— Oh, no. Un tal Simón Karpis mencionaba haber estado en Addols y encontrado a un robot en lugar de la sentenciada María von Uttig. El otro interlocutor era el teniente Solati, ayudante, como sabes, del coronel Morbihrson.

—¿Cómo sabía que era un robot?

—Porque disparó contra la que él creía María von Uttig y vio que salía humo y... Bueno, no le resultó difícil, Dan.

— Comprendo — murmuró Valance en tono lleno de preocupación —. Eso significa que Karpis fue a Addols con la clara intención de asesinar a María.

— Exactamente, aunque en el momento actual no puedo decirte dónde se encuentra Karpis, si bien me imagino que andará persiguiéndola como un lobo hambriento.

— Gracias, Ughli, pero, ¿qué diablos tengo yo que ver con todo eso?

Shahn contempló pensativamente el fondo de su copa.

— Dan, ¿por qué compraste una esclava? —preguntó.

Hubo un momento de silencio. Luego, antes de que Valance pudiera responder, Shahn le dio una palmada en el hombro.

— Anda y ten cuidado —dijo en tono confidencial.

Valance miró fijamente a su amigo.

—¿Por qué haces eso, Ughli? —preguntó.

— Porque no soy, el único que cree en la inocencia de María von Uttig, Dan —contestó el oficial—. Desde luego, está magníficamente caracterizada; de no haber sido por aquella conversación, nunca hubiese sido capaz de imaginarme que es ella.

— Eres un buen amigo, Ughli — elogió Valance.

— A ver si lo encuentras — sonrió el oficial —. Pero te daré un consejo, Dan.

— Sí, Ughli.

— Soy algo más joven que tú, de una promoción posterior a la tuya casi en cuatro cursos. Solati es de mi promoción. Allí le llamábamos «El Serpiente». Pero de las venenosas, ¿comprendes?

Valance sonrió.

— Lo tendré en cuenta. Adiós, Ughli — se despidió.

El joven salió a la calle.

— Vámonos —dijo.

María le siguió con expresión impasible. Guardó silencio un rato, hasta que no se pudo contener más y preguntó:

— Dan, ¿de qué ha estado hablando con ese oficial?

— De usted. «Ellos» saben ya que no está en Addols — contestó Valance fríamente.

* * *

Tyros Markommy, ex tripulante de la «Minerva», se sentía muy nervioso.

— Tuvimos que hacerlo, todos, todos —dijo, casi llorando—. A la señora la narcotizaron a poco de entrar en la atmósfera de Eardmon... Pero fue un narcótico un poco raro; no se durmió en la forma corriente, sino que actuaba con el aspecto de estar plenamente consciente, ¿me comprenden?

— Impasible, Valance hizo un gesto de asentimiento.

— Siga, Markommy — ordenó.

— Entonces... ella dio la orden de lanzar por la escotilla ventral aquella gran caja... Algunas veces lo había hecho y no nos extrañó. Usted ya sabe, capitán... ¿Qué comandante de astronave no hace de cuando en cuando un poco de contrabando?

Valance miró de reojo a la joven, que asistía a la conversación. Le pareció que María, bajo los aditamentos que desfiguraban su rostro, enrojecía vivamente.

— Está bien, Markommy, continúe.

— Volábamos a unos veintiséis mil metros... Unos minutos más tarde, se produjo la catástrofe...

—¿Quién narcotizó a la señora von Uttig?

— Tuvo que ser aquel tripulante nuevo que embarcó aquí precisamente, en sustitución de Ray Smith, que se había puesto enfermo.

— Dígame el nombre de ese tripulante, Markommy.

— Es curioso, se llamaba también Smith... Tim Smith. Era de mediana estatura, delgado, muy moreno y con bigote. Desapareció después del aterrizaje y ya no le he vuelto a ver, señor.

Valance pensó inmediatamente en Solati. ¿Era posible que el ayudante de Morbihrson hubiese colaborado personalmente en la destrucción de Thoyadis?

— Muy bien, pero hay algo que no entiendo — dijo.

—¿Qué es, señor?

— Sus declaraciones no favorecieron precisamente a. la señora von Uttig. ¿Por qué no dijeron la verdad?

— Capitán... —Markommy hizo una mueca—, nos pagaron una fortuna a cada uno de los seis tripulantes: cien billetes de los grandes, ¿comprende? Eso, por un lado: por otro, nos amenazaron con matarnos o matar a nuestras familias... Admito que fuimos débiles, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?

— Entiendo y casi le justifico, Markommy — dijo Valance—. ¿Cómo supieron que la señora von Uttig había sido narcotizada?

— Bueno, hubo quien vio a Tim Smith poner algo en su café... De momento no le dio importancia, pero luego, cuando se produjo la catástrofe, recordó el detalle y nos lo contó a los restantes... Y así tuvo que ser, porque si no estaba narcotizada, ella no hubiera destruido Thoyadis...

—¿Quién es el tripulante que vio a Smith poner el narcótico en el café de la señora von Uttig?

— Boldus Hammerton, señor.

Hubo un momento de silencio, tras la respuesta del sujeto. Al cabo de unos segundos, Valance preguntó:

— Markommy, ¿recuerda usted dónde cargaron la caja lanzada sobre Thoyadis?

— Perfectamente, señor; en el almacén de Cleo Signes.

— Eso es todo, muchas gracias.

Valance y María salieron nuevamente a la calle.

Parados ante la puerta de la casa de Markommy, cambiaron una mirada.

— El enigma se va aclarando — dijo él.

— Sí, Dan, y ahora comprendo muchas cosas que hasta ahora me habían resultado ininteligibles. Pero ¿por qué no embarcó Smith en la penúltima etapa, en lugar de hacerlo aquí precisamente?

— Para que usted adquiriera confianza en él, y ahora se podría asegurar que la enfermedad del otro Smith fue provocada.

— No me extrañaría en absoluto. Bien, Dan, ¿cuál es el siguiente paso que hemos de dar?

— Una conversación con Cleo Signes, de cuyo almacén salió la caja que contenía la bomba IMP-EXP — contestó Valance.

* * *

— A pesar de todo, ¿cómo podremos probar mi inocencia? —dijo María, no demasiado persuadida de que seguían el camino adecuado—. Sí, usted y yo sabemos que soy inocente... pero todavía sigo siendo la comandante de astronave que ordenó lanzar la bomba sobre Thoyadis.

Valance se tocó el lado izquierdo del pecho.

— No hay conversación con posibles testigos o actores del hecho que no esté debidamente registrada — contestó —. Incluso la que he sostenido hoy con Clark Day, asesino a sueldo.

— Una precaución excelente — aprobó ella —. Espero que sirva de algo.

—Por eso lo hago. Y ahora, vamos a ver si encargamos los pasajes para Rehnoria, de Beta Zu, que es donde vive la tal Cleo Signes.

— Nunca acabó de gustarme esa mujer, a pesar de que siempre se portó bien conmigo —dijo María.

— Quizá tenía razón en desconfiar de ella —sonrió Valance.

Una hora más tarde, ya tenían los pasajes adquiridos, pero hasta dos días más tarde no zarparía una astronave en dirección a Rehnoria.

— La voy a acompañar al hotel, María — dijo Valance.

—¿Por qué? ¿Es que no puedo ir con usted?

— La entrevista con Dokkor no será un modelo de diplomacia. Prefiero que me espere en el hotel.

— Iré con usted, Dan.

Valance volvió los ojos hacia la joven. La expresión de ella era de completa resolución.

— De acuerdo —se resignó él.

Treinta minutos más tarde, se encontraban ante la puerta de la casa donde vivía Dakkor. Valance llamó, pero no le contestó nadie.

—¿Se habrá largado? —murmuró.

Y acercó la mano al picaporte, pero María agarró su brazo rápidamente.

— Cuidado, Dan — advirtió.

Valance la miró con extrañeza. María sonrió.

— Yo también sé encontrar las trampas — dijo —. Apártese.

El joven obedeció. María se situó a un lado de la puerta.

—Vea ese nudo de la madera, Dan —indicó. Valance fijó la vista en el punto señalado. Ella hizo girar bruscamente el picaporte y, en el mismo momento, un silencioso chorro de fuego, de tres centímetros de grosor, brotó de la puerta.

Había un arma térmica situada en el interior, justo frente al lugar que una persona ocuparía al llamar. Valance se estremeció; esta vez no había sido el más astuto.

Estuvo unos segundos inmóvil, mientras ella le contemplaba especulativamente. De pronto, Valance giró en redondo y se volvió hacia la casa.

La ventana estaba situada a tres metros del suelo. Retrocedió unos pasos, tomó carrerilla y saltó hacia arriba con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO X

Las manos de Valance se aferraron al antepecho, pero, con el mismo impulso, flexionó los brazos y siguió ascendiendo. A través de los vidrios divisó a un hombre que contemplaba la entrada interior de su casa a través de un circuito cerrado de televisión.

Valance se sentó en el antepecho durante una fracción de segundo. Giró horizontalmente y sus pies hicieron saltar los vidrios con gran estruendo.

Dakkor se sobresaltó al oír el ruido. Giró en redondo y vio al hombre que ya penetraba en la estancia.

Al alcance de su mano tenía una pistola atómica. Fue a tomarla, pero Valance le arrojó una silla con tremendo ímpetu.

La silla desarmó al sujeto y rompió el televisor, cuya pantalla explotó con tremendo fragor. Dakkor chilló de pánico cuando Valance le agarró por el cuello.

—Alguien te advirtió de que yo era un enemigo demasiado peligroso —dijo—. Debieras haber seguido el consejo.

Dakkor tartamudeó, aterrado. El aspecto del joven era espantoso. Las manos que oprimían su cuello apenas si le permitían respirar.

El sujeto braceó frenéticamente. Valance apretó un poco más, hasta que creyó haberlo «ablandado».

Entonces, aflojó la presión, aunque sin soltarlo.

— Alguien te ordenó mi muerte —dijo—. Dame su nombre.

— So... Solati... —contestó Dakkor con voz entrecortada.

Valance soltó a Dakkor, dándole al mismo tiempo un fuerte empellón que lo arrojó al extremo opuesto de la estancia.

— Es suficiente — dijo —. Habla con Solati y dile que voy a ir a buscarle.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la ventana. Entonces oyó ruido a sus espaldas.

De nuevo se volvió. Dakkor trataba de recuperar la pistola, a la vez que emitía horribles imprecaciones.

El cuchillo que Valance tenía en la manga voló por los aires como un destello de plata. Dakkor emitió un atroz rugido al sentir el acero clavado en su garganta.

Pateó furiosamente, pero las fuerzas le abandonaron de pronto y se desplomó. Valance le contempló con frialdad.

Instantes después, saltaba de nuevo por la ventana. María le aguardaba al pie de la casa, con el rostro lleno de ansiedad.

— He oído ruido —dijo.

— Dakkor está muerto —contestó él, a la vez que la agarraba por el brazo para llevársela de aquel lugar.

María se estremeció ligeramente.

—Ha sido en defensa propia — añadió Valance.

—Comprendo. ¿Le ha dicho algo interesante?

—Solati.

Ella asintió en silencio.

Continuaron andando. Al cabo de un rato, María dijo:

—Dan, ¿cómo es posible que un hombre como Solati haya tramado un plan tan criminal?

—Solati no es sino el brazo derecho del sujeto que, en realidad, fue el que planeó la destrucción de Thoyadis — contestó él.

—Pero ¿se le ocurre a usted algún nombre?

—Sí, aunque, a decir verdad, no comprendo el interés del coronel Morbihrson por destruir Thoyadis.

* * *

La astronave volaba raudamente por el espacio en dirección a Rehnoria, de Beta Zu. María, reclinada en una butaca, contemplaba las estrellas a través del ventanal que tenía al lado.

Valance estaba sentado frente a ella. Los dos guardaban silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

— Dan — dijo ella de pronto.

—¿Sí, María?

— Usted quería ejecutarme apenas me apresó. ¿Lo recuerda?

— No lo he olvidado — contestó él con voz neutral.

— Pero el propio Morbihrson lo impidió. ¿Cómo pudo hacer él una cosa así, si él mismo fue quien ideó la destrucción de Thoyadis?

— Morbihrson debía de estar convencido de la bondad de su plan. Para él, opino, era preferible un juicio público que una ejecución sumaria. Ello podría haber levantado críticas contra su actuación. De este modo, impidiéndome que yo la fusilase a usted, se ganaba la fama de jefe sereno y fiel cumplidor de la ley, como así figura, efectivamente.

— Una explicación muy razonable — aprobó la joven. A través de sus párpados entrecerrados miró a su interlocutor—. ¿Me habría fusilado si se lo hubiesen permitido, Dan?

— En aquellos momentos, estaba dispuesto a hacerlo — admitió Valance fríamente.

María lanzó una amarga carcajada.

— En tal caso, resulta irónico pensar que le debo la vida a Morbihrson

— dijo.

— En Thoyadis, usted perdió a un esposo matusalénico y lleno de achaques. Yo tenía una esposa joven, muy bonita, y dos hijos de corta edad. La diferencia, como puede comprender, es notoria.

—¿Quería usted mucho a su esposa, Dan?

— Esa pregunta es tonta — respondió él con mal humor.

— Lo siento, no traté de molestarle.

— No se preocupe. El hombre es el animal más fiero que se conoce. Su capacidad de olvido es increíble. Y yo pertenezco a la especie humana, recuérdelo.

— A veces, lo dudo. Usted actúa como una máquina, movido por una ciega furia de venganza...

—¿Me llama hombre sin alma?

—Sí — contestó María en tono tajante.

Valance y la joven se contemplaron mutuamente en silencio. De repente, Valance se levantó, se acercó a ella y, agarrándola por los hombros, la obligó a ponerse en pie. Luego la besó.

María soportó estoicamente la caricia. Cuando Valance se separó, ella le asestó una fuerte bofetada.

— Todavía piensa que yo soy la mujer que era antes de casarme con Ulrich von Uttig —dijo.

— En un tiempo, usted desempeñaba un oficio muy poco honroso. Von Uttig la sacó del arroyo para darle su nombre y confiarle la dirección de sus negocios. Thoyadis era una ciudad muy puritana y nunca perdonaron a su esposo que se casara con una mujer de semejante calaña. ¿Me equivoco?

— No, es cierto —admitió María, con el pecho muy agitado y los ojos llenos de fuego.

— Usted odiaba a la ciudad, mejor dicho, a determinados círculos sociales. Nadie se extrañó, por tanto, de que la destruyese. Y de que su esposo muriese en la catástrofe así; quedaba usted libre, joven y rica, porque el dinero de von Uttig estaba repartido en muchos bancos.

— Pero todavía ignora usted algo mucho más importante, Dan.

—¿Qué es, María? — preguntó Valance.

— No se lo diré. Averígüelo usted mismo. Valance apretó los puños. De pronto, se pasó una mano por la frente.

— Le ruego me dispense, María. No debí haberme comportado como un salvaje, sobre todo, teniendo en cuenta que estamos embarcados en la misma empresa —dijo con acento más calmado.

Ella le miró con simpatía.

— No tiene importancia, Dan — contestó —. Tenemos los nervios demasiado excitados. Yo creo que necesitábamos un choque semejante, para descargar la tensión acumulada.

— Es probable que tenga usted razón — sonrió Valance—. María, usted sigue siendo mi esclava, en apariencia; de lo contrario, la invitaría a una copa en el bar de la nave.

La mano de la joven señaló hacia el interfono.

— Puede pedir que nos la traigan — sugirió.

— No es mala idea — aprobó él, con la sonrisa en los labios.

— De repente, se oyó un tañido musical repetido varias veces. A continuación sonó una voz:

— Habla el comandante de la astronave. Se previene a todo el pasaje y tripulación que una nave patrullera se acerca para comprobación de documentos. Es una operación de rutina, por lo que nadie debe de sentir la menor alarma. Gracias a todos.

Valance frunció el ceño.

—¿Examen de documentos? —murmuró.

—¿No es corriente que se efectúe esa operación, Dan?

— Extraño no es, aunque sí poco frecuente y menos en una nave del servicio regular. Los documentos también podrían ser examinados en el astropuerto de llegada, ¿comprende?

María se alarmó.

—¿Cree usted que ese examen lo hacen por nosotros, Dan?

— No me extrañaría en absoluto, María —respondió él con gesto ceñudo.

* * *

El oficial patrullero examinó el rol de pasajeros y tripulantes, contemplado especulativamente por el comandante de la astronave.

— Esto no es muy frecuente— se quejó el comandante.

El otro se encogió de hombros.

— Cumplo órdenes — dijo en tono indiferente —. Ah, aquí están los dos sospechosos —exclamó de pronto.

—¿Quiénes son, teniente?

— Un tal Dan Valance, ex capitán de la P.I. y su esclava Dyea Troo.

— Sí, los recuerdo...

El oficial dejó los documentos sobre la mesa.

— Acompáñeme a su alojamiento — ordenó.

— Sí, señor — se resignó el comandante.

Dos policías de uniforme estaban ante la puerta de la cámara del comandante. El oficial de la patrulla salió, junto con el comandante, y les ordenó que le siguieran.

Momentos después, se hallaban ante la puerta de uno de los camarotes. El oficial llamó, sin obtener respuesta.

Volvió a llamar. En vista de que nadie respondía, abrió la puerta y entró en el camarote.

Estaba desierto.

— Pueden haber ido al bar o al comedor, teniente — sugirió el comandante de la astronave.

En aquel momento, se oyó un timbre de alarma. Alguien gritó:

—¡Comandante, acaba de zarpar uno de los botes salvavidas!

El oficial de la patrulla lanzó una maldición.

—¡Comandante, acompáñeme a su cuarto de radio! — ordenó—. Tengo que enviar un mensaje urgente.

* * *

Como de costumbre, la cara de Morbihrson no aparecía en la pantalla. Solati, no obstante, se figuró su expresión al conocer las noticias recién llegadas.

— Escaparon en uno de los botes salvavidas, señor.

— Y no se lo impidieron — rugió Morbihrson.

—¿Había orden en contrario?

— Es cierto, Gino — masculló el coronel.

— El oficial que manda la patrulla es ajeno a... bueno, usted ya me entiende. No podíamos facilitarle más datos sin levantar sospechas.

— De acuerdo, Gino.

— El pretexto era bueno. Ella sigue figurando como su esclava. El lugar donde se hubiera verificado el arresto está fuera de la frontera del sector galáctico donde se tolera la esclavitud.

— Sí, pero escaparon y los hombres de la patrulla fueron incapaces de darle alcance.

— Coronel, en mi opinión, la cosa no importa demasiado. Si siguen con su plan, en estos momentos se hallan a punto de llegar a Rehnoria.

— Es verdad — Morbihrson meditó unos instantes —. Karpis está allí, ¿no es cierto?

—Y también K'nit, señor.

— Bien, ellos se encargarán del asunto. Ah, y envíe un mensaje a Cleo Signes. Es seguro que Valance irá a verla.

— Sí, señor.

— Cleo puede encargarse de Valance. Tiene sobrados... elementos para derrotarle.

Solati emitió una sonrisa llena de malicia.

— Indudablemente, coronel — dijo.

— En cuanto a Karpis y a K'nit... Bien, espero que no fallen esta vez con ella. Eso es todo, Gino.

— Sí, señor.

CAPÍTULO XI

— Nos salvamos de una buena —dijo Valance, mientras se encaminaban en busca de un hotel donde alojarse.

— Su presentimiento resultó acertado — convino la joven—. Pero a mí no se me hubiera ocurrido nunca usar un bote salvavidas.

— Algo había que hacer, María. Iban a por nosotros y no para darnos palmadas en la espalda.

Llegaron al hotel y, como de costumbre, pidieron dos habitaciones contiguas. Poco después, Valance indicó sus Intenciones de salir para entrevistarse con Cleo Signes.

—¿Quiere que le acompañe, Dan? —sugirió ella.

— No. Prefiero que la entrevista se realice a solas.

María le dirigió una penetrante mirada.

— Cleo es muy hermosa —dijo.

— No me irá ahora a decir que tiene celos de ella, ¿verdad? —Mientras hablaba, Valance empezó a hacer una extraña operación.

María le contempló con curiosidad.

—¿Por qué hace eso, Dan?

— Quiero que esté segura en mi ausencia — replicó él —. Fíjese en estas dos líneas que hay en el suelo. No las traspase por ningún motivo, ¿me entiende?

Valance estaba decidido a no perder más tiempo del necesario. Una vez hubo terminado su trabajo, abandonó el hotel.

Minutos más tarde, se encontraba frente a la entrada de un gran edificio, cuyo rótulo leyó con gran atención.

Reinaba una gran actividad en el interior. Valance se asomó a la puerta.

Una hermosa mujer se paseaba con un cuaderno en la mano, haciendo anotaciones y dando órdenes a los operarios. Era de buena estatura y formas rotundas, que ella hacía resaltar mediante una adecuada indumentaria, muy ajustada a su cuerpo. El pelo parecía una corona de llamas en torno a su cabeza.

Valance contempló a la mujer durante unos instantes sin llamar su atención. Ella, de pronto, pareció notar que la miraban con insistencia y volvió la cabeza.

Una chispa de alegría apareció en sus hermosos ojos verdes.

— Si no me equivoco, estoy viendo a un gallardo patrullero, llamado Dan Valance —dijo.

— Rechazo lo de gallardo y lo de patrullero. Me quedo simplemente en

Dan Valance —sonrió el joven.

— Ya sé que dejó usted la P.I, Dan, pero no toleraré que no admita su... gallardía. —Cleo le tendió una mano—. ¿Cómo se encuentra?

— Viéndola a usted, embobado, Cleo. Está más hermosa que nunca.

Elia lanzó una argentina carcajada.

— Es usted un hombre con un acusado sentido del humor, Dan —contestó —. Admito que soy atractiva, pero... —Le miró incitantemente—, no soy la única mujer hermosa en Rehnoria, se lo aseguro.

— A sus encantos corporales añade usted los espirituales, Cleo. Demasiado modesta, a mi entender — dijo Valance.

—¿Trata de conquistarme, Dan?

—Tiene usted dueño legal, ¿sí o no?

— Dan, sabe demasiado que nadie manda en mí, ni me dejaría mandar, legal o ilegalmente —contestó ella, con ojos chispeantes de malicia.

— Lo cual haría inútil cualquier esfuerzo que yo hiciera por conquistarla, Cleo.

— Todavía no lo ha intentado, así que no se considere derrotado de antemano. Pero, en todo caso, éste no es lugar adecuado para intentar la conquista de una plaza que tal vez ansíe rendirse.

La sonrisa de Cleo era un mundo de promesas. Valance calculaba que la joven estaba próxima a los treinta años y no era experiencia amorosa precisamente lo que le faltaba.

— En tal caso, ¿por qué no señalas un lugar adecuado para el combate? —sugirió, tuteándola.

— Mi almacén no es el sitio más conveniente, en efecto; pero arriba, en la planta superior, están mis habitaciones privadas. Se entra por la puerta lateral sur. Llama a las siete y media.

—De acuerdo, Cleo, seré puntual.

Ella le tendió la mano otra vez.

— Estoy segura de que tu llamada será atendida, Dan —se despidió.

Valance sonrió satisfecho. Iba a ser una velada muy agradable, se prometió, no tanto quizá por el tiempo que iba a permanecer junto a la hermosa Cleo, sino por los resultados que pensaba obtener.

Minutos más tarde, Cleo se retiró a su despacho. Trabajó unos momentos, dictando unas cuentas a una computadora, y luego tocó un timbre.

Segundos más tarde, apareció un sujeto gigantesco por una puerta reservada, situada en uno de los costados de la estancia.

—¿Me llamaba, señora? —preguntó K'nit, el epsiloniano.

— Sí —contestó Cleo—. Tengo que darte instrucciones. Esta noche, tendré un invitado. Tú estarás alerta, por si te necesito. En todo caso, haría la señal secreta, ¿entiendes?

— Sí, señora.

— Creo que no necesitaré ayuda para desembarazarme de ese entrometido, pero un poco de precaución no estará de más. — Cleo suspiró —. Y es una lástima; verdaderamente, el capitán Valance es atractivo como pocos.

K'nit no hizo el menor comentario. Después de algunos segundos de indecisión, Cleo agregó:

— Pero no hay otro remedio que seguir adelante; en los últimos tiempos, Valance se ha vuelto demasiado entrometido —agitó la mano—. Eso es todo por ahora, K'nit.

— Sí, señora — contestó el gigantesco individuo sin perder la impasibilidad.

* * *

Valance oyó que llamaban a la puerta de comunicación de los dos cuartos y dio permiso. A través del espejo, en donde terminaba su tocado, captó la imagen de María, en su apariencia de Dyea Troo.

María se sintió muy asombrada al ver el elegante atuendo del joven.

—¡Caramba! —exclamó, sin poder contenerse—. ¿A qué fiesta le han invitado, Dan?

Valance sonrió, mientras se daba los últimos toques al lazo de su camisa. Vestía chaqueta de fiesta, blanca, con solapas de color púrpura, y pantalones cortos, negros, con tira de raso del mismo color. Zapatos y calcetines eran también negros.

— Voy a asistir a una cena, María —respondió.

—¿De negocios?

— Así podría llamarse, en efecto.

— Me parece que ya sé quién va a ser su compañero en esa cena. Apostaría algo bueno a que se llama Cleo Signes.

—¿Es usted clarividente, María? —preguntó él en tono lleno de ironía.

María aspiró el aire con fuerza.

—¡Y cómo se ha perfumado! —exclamó—. Oiga, ¿de verdad cree que todo eso es necesario para averiguar el origen de la bomba?

Valance tornó un pañuelo y se lo puso en el bolsillo superior de la chaqueta.

— Todo puede compaginarse, ¿no cree? —contestó.

— La verdad, nunca pude imaginar que usted sintiese deseos de divertirse — dijo ella, un tanto despechada—. Y menos con esa mujer, por muy hermosa que sea.

—María, no hace mucho le hablé de que el hombre es el animal que más rápidamente olvida. ¿Lo recuerda usted?

—Sí, muy bien. Sólo que yo no quise que usted lo consiguiera a mi costa. Y sigo pensando lo mismo, Dan.

Valance se encogió de hombros, a la vez que se pasaba la mano por la pechera de la camisa. Satisfecho, se volvió hacia la joven.

— María, regrese a su cuarto — dijo. Ella se mordió los labios.

— Está bien — contestó secamente. De pronto, divisó junto a la puerta de comunicación una gran caja de cartón—. ¿Qué hay aquí? —preguntó.

— Nada. Está vacía. Usted misma puede comprobarlo, si no se fía de mí. Las flores para Cleo están ya en camino —respondió Valance.

—¡Oh! —dijo ella, furiosa. Y taconeó con fuerza, para entrar en su dormitorio.

Valance sonrió, mientras hacía algo en el umbral de la puerta. Luego se incorporó y miró a la joven, en cuyos ojos aparecía un destello de furia.

— Recuerde lo que le dije esta mañana: no atraviese las dos líneas indicadas, por ningún motivo — dijo.

—¿Y he de permanecer aquí, esperando su vuelta?

— Sí.

—¿Sin un arma siquiera, Dan?

— María, si yo pensara que usted tiene necesidad de un arma, ya se la habría proporcionado. Hasta la vista.

La puerta se cerró. Sin saber por qué, María dio un par de fuertes taconazos en el suelo.

— Ojalá te emborraches antes de... antes de tiempo — deseó a media voz, llena de cólera.

Mientras, Valance había salido al corredor, portador de la caja que había llamado la atención de la joven. Divisó a una camarera y se la entregó.

— Haga el favor de tirarla a la basura —pidió, con la mejor de sus sonrisas.

— Sí, señor —contestó la camarera.

El pasillo quedó desierto momento más tarde. Una puerta se abrió silenciosamente y unos ojos escrutaron el panorama con gran cautela.

Simón Karpis sonrió satisfecho. La ocasión no podía presentarse más propicia.

* * *

Karpis llegó ante una puerta y tanteó la cerradura. La llave no había sido echada, lo que le hizo sonreír de nuevo.

Había adquirido informes en recepción, pagando a peso de oro el silencio de su confidente. Tras una atenta reflexión, había decidido que lo mejor era alcanzar su objetivo entrando por el dormitorio de Valance.

Abrió sin hacer el menor ruido, entró y cerró con todo cuidado. Luego sacó una pistola y la revisó con gran meticulosidad.

Había decidido emplear un arma anticuada, pero de gran efectividad. Una descarga térmica se notaría seguramente en los dormitorios contiguos, lo cual no era conveniente en modo alguno. La pistola desintegrante debía ser descartada igualmente, porque, en el momento del disparo, podrían sonar las alarmas de los detectores de radiación.

Por todo ello, Karpis había decidido usar la clásica pistola con silenciador, el cual era de un tipo ultra perfeccionado y actuaba con silencio absoluto. El arma, por otra parte, era de calibre 12,7 mm, lo que garantizaba la mortal seguridad de sus impactos.

Karpis se acercó a la puerta de comunicación. Escuchó un momento y luego abrió de golpe.

María estaba sentada en un butacón, frente a una pantalla, en la que se proyectaba lo que ella juzgaba un aburrido programa de televisión. La joven se hallaba de costado con respecto a la posición de Karpis y sólo asomaba la parte superior de su cabeza.

Karpis dudó. El proyectil, indudablemente, traspasaría el sillón, pero no podía asegurar la puntería y, a poder ser, quería emplear un solo cartucho.

Era preciso hacer que la muchacha se diese cuenta de su presencia y abandonase el sillón. Tosió discretamente y María volvió la cabeza un poco.

En el acto, al ver a un hombre armado en el umbral, se encogió de un modo instintivo. Karpis lanzó una horrible maldición y saltó hacia adelante.

Un relámpago cegador brotó en el mismo instante. Karpis lanzó un horrible alarido al sentir como si cien mil agujas de fuego taladrasen su cuerpo. María oyó también un fortísimo chasquido y luego, casi en el acto, percibió un horrendo olor a carne quemada.

Se asomó por encima del respaldo del sillón, temblando de pavor. Tendido sobre el suelo, a un paso del umbral, había un cuerpo totalmente ennegrecido por la poderosa descarga eléctrica que lo había fulminado en el acto.

Dominando el horror que sentía, María agradeció en su interior la protección prestada por Valance. Al cabo de unos momentos, empezó a recobrar la serenidad.

— Y ahora, ¿qué hago yo con «eso»? —murmuró, mientras contemplaba el cadáver de su atacante.

No le quedaba más que una solución: aguardar el regreso de Valance. Pero, mientras tanto, se dijo que podía evitarse la visión del cuerpo carbonizado.

Cubrió el cadáver con una manta. Luego, María recurrió a sus perfumes para disipar el olor nada agradable que se desprendía de aquel bulto.

CAPÍTULO XII

Cleo Signes estaba radiante de belleza. La joven vestía un traje de auténticas escamas de oro, muy diminutas, ceñido a su cuerpo como una segunda piel. En el pelo también se veían infinidad de chispitas doradas: polvo de oro que ella había esparcido para completar su tocado.

El escote del vestido no pecaba de mesurado, ciertamente, apreció Valance con mirada crítica. Se inclinó y tomó la mano que ella le ofrecía para besarla rendidamente.

— En espera de besar algo más sabroso —dijo. Cleo lanzó una risita.

—Eres muy impetuoso, Dan — manifestó —. ¿Quieres un combinado antes de la cena?

— Será un placer — aceptó él.

Cleo se volvió para preparar las bebidas. Valance admiró la perfección de su espalda, sin velos, dada la hechura del vestido.

—Dan — dijo ella de pronto —, tengo la sensación de que buscas algo más que pasar una agradable velada en mi compañía. ¿Me equivoco?

— Todo lo contrario. Aciertas, Cleo.

Ella agitaba las bebidas en una jarra, con la ayuda de una varilla que sólo un ignorante habría juzgado de vidrio verde. Dan Valance sabía que era de jade puro.

— Y bien, aparte de cenar en mi compañía, ¿qué es lo que pretendes de mí, Dan? —inquirió.

— Simplemente, detalles sobre cierto bulto cargado en tu almacén con destino a la astronave «Minerva», de María von Uttig.

—Ah, ya. Pero no tengo aquí mis libros de fletes...

— Es lo mismo, Cleo. Ese bulto era muy peculiar; contenía una bomba IMP-EXP.

Ella guardó silencio un momento.

—¿Estás seguro, Dan?

— Totalmente seguro, Cleo.

Hubo una leve pausa de silencio. Luego, ella, casi bruscamente, se volvió y se acercó ondulando a su invitado, con las copas en las manos.

— Bebamos, Dan. Valance levantó su copa.

— Por la mujer más hermosa de Rehnoria —brindó.

— Gracias, querido — contestó ella —. De modo que quieres saber si es cierto que desde mis almacenes se envió a la «Minerva» una bomba IMP-EXP.

— Así es, Cleo, y deseo que tú me lo confirmes. Valance despachó de

un trago el contenido de su copa. Un brillo especial apareció en las pupilas de Cleo.

— Es cierto —admitió ella con desenvoltura—. La bomba fue cargada en mi almacén.

—¿Puedo saber quién te hizo el encargo, Cleo?

— Dan, he oído hablar mucho de las bombas IMP-EXP, aunque nunca, a decir verdad, me han dicho cómo funcionan. ¿Quieres explicármelo tú, por favor?

— Con mucho gusto — accedió Valance —. Se trata de un artefacto, al cual, si se desea, pueden acoplarse diversos mecanismos, tales como espoletas altimétricas y otros. En el caso de la bomba que destruyó Thoyadis, se lanzó desde unos veintiséis mil metros de altura, sobre la vertical del centro de la ciudad.

»La bomba que se empleó allí tenía un mecanismo sustentador por antigravedad, que la hizo quedar suspendida a trescientos metros de altura. En ese momento, actuaron los mecanismos de impulsión, es decir una cierta porción de la atmósfera fue succionada bruscamente y comprimida en el interior de la bomba, a elevadísimas presiones.

»Yo calculo —siguió Valance—, que la cantidad de atmósfera implosionada fue de unos seis o siete kilómetros cúbicos, todo lo cual se produjo en el breve espacio de diez o quince segundos. Naturalmente, ello ocasionó un violentísimo huracán, que actuó sobre la ciudad desde los cuatro puntos cardinales, iniciándose con ello los efectos de derribo y destrucción de edificios.

»La implosión, además, creó una sensación de vacío atmosférico en las inmediaciones de Thoyadis, con la consecuencia de originar huracanados torrentes de aire que debían llenar aquel vacío. Más destrucciones y catástrofes se sucedieron, como puedes imaginar.

»A los treinta segundos, se produjo en la bomba el efecto contrario, es decir el de explosión. Seis o siete kilómetros cúbicos de aire, comprimidos casi sólidamente en un espacio no superior a un par de metros cúbicos, fueron liberados de repente. El aire que venía chocó contra el que llegaba, por decirlo gráficamente, y ello provocó el último y definitivo estampido, de una violencia inimaginable. La ciudad quedó así totalmente arrasada, y ello sin radiaciones perniciosas, que hubieran convertido el solar en inhabitable durante cientos de años, lo que habría ocurrido caso de haberse empleado una bomba atómica.

»En suma, fue la creación artificial de dos huracanes de signo contrario y de velocidades, en ocasiones, superiores a los quinientos kilómetros por hora. El primer huracán se concentró en un punto determinado y el segundo, se dispersó en sentido inverso y radial, pero, además, chocando con las masas de aire que pretendían llenar el vacío creado por la primera

acción de implosión. El resultado fue el mismo que si una mano gigantesca hubiese golpeado la ciudad — concluyó Valance.

— Una explicación realmente fascinadora — convino Cleo con una sonrisa—. Y tú ahora, quieres saber quién me encargó enviar la bomba en la «Minerva».

— Si no tienes inconveniente... — sonrió el joven.

— Ninguno. Fue el coronel Morbihrson.

—¡Oh! —murmuró él en tono intrascendente—. ¿No tienes reparo en decírmelo, Cleo?

— Ninguno. — Ella suspiró de tal modo, que las costuras de su vestido crujieron de modo peligroso —. Ha sido una lástima, Dan, porque te aprecio muy sinceramente y no me ha quedado otro recurso que envenenar tu copa. Dentro de veinte segundos estarás muerto.

* * *

Cleo apreció que Valance no se inmutara al recibir la noticia. Se acercó a él y le besó con suavidad en los labios.

—Perdóname, pero no he tenido más remedio que hacerlo —musitó.

De pronto, se dio cuenta de que Valance sonreía.

—¿Es que no me crees? —gritó.

—¿Por qué no? Es más, esperaba algo parecido, Cleo. El asunto es demasiado serio para que Morbihrson se detenga por una vida más o menos. Sí, me has envenenado... seguramente embadurnando antes la copa en la que yo debía tomar el cóctel, a fin de que no sospechase nada, porque tú ibas a beber lo mismo que yo. Pero has calculado mal; debiste haber pensado que no soy un tipo al que se pueda encontrar desprevenido fácilmente.

—¡Dan, no me digas que tomaste previamente un antídoto! — chilló Cleo descompuesta —. Es concentrado de «yahnizr», la hierba epsiloniana, que no deja el menor rastro en el organismo. Resulta algo lento, tarda de diez a doce minutos en causar efecto, pero una vez ingerido, ya no hay remedio para la víctima.

—En tal caso, ¿por qué tomar previamente un antídoto, ignorando no sólo el veneno que me ibas a dar, sino siquiera si me ibas a envenenar? — contestó él sin dejar de sonreír.

De pronto, se llevó dos dedos a la boca. Tiró y un largo tubo de plástico transparente salió de sus labios.

Cleo le contemplaba con ojos desorbitados por el asombro. El tubo terminó de salir y ella vio que estaba rematado en una bolsita del mismo material, en la que se agitaba un poco de líquido.

—Se trata de un esófago y un estómago artificiales — explicó él

placenteramente, a la vez que lanzaba tubo y bolsa a un rincón de la estancia—. Funcionan a la perfección, incluso en el caso de una copiosa cena, como la que tú pensabas ofrecerme esta noche.

Cleo se pasó una mano por la frente.

—¡Qué tonta, pero qué tonta he sido! —se apostrofó—. Debí haber ideado otro medio mejor...

—Indudablemente —convino Valance—. Cleo, ¿por qué aceptaste entrar en ese juego tan peligroso?

—¿Por qué diablos iba a ser? —respondió ella en tono furioso—. ¿Es que no te lo imaginas?

—No tengo la menor idea. A menos que se trate del solar donde antes estuvo Thoyadis...

—¡Pues claro que sí, estúpido! ¿Por qué otra cosa iba a ser?

—Pero... hay tierras de sobra. Si alguien quería construir una fábrica o poseer terrenos de cultivo o dedicarse a la cría de ganado en gran escala...

—¡Basta! —cortó ella con brusquedad—. Ya no quiero seguir hablando más, Dan. Te he dicho demasiadas cosas, pero, sobre todo, he perdido ya demasiado tiempo. Lo siento, no puedo permitir que salgas vivo de mi casa.

Cleo retrocedió un par de pasos. Rozó con uno de sus anillos el borde de una Copa, de la que brotó un tenue sonido musical.

Una puerta se abrió de pronto y un sujeto gigantesco apareció ante los ojos del joven.

—K'nit —ordenó Cleo—, anda con él.

* * *

Valance no se inmutó por la presencia del asesino. Sin mirarla siquiera, dijo.

—Cleo, nunca me imaginé que tuvieras a un sujeto así a tu servicio.

—No trabaja conmigo por mi gusto; es obra de la organización —contestó ella desabridamente—. Vamos, K'nit —acució al epsiloniano.

—Será un placer — aseguró K'nit.

—Tenía ganas de encontrarme contigo —dijo Valance—. Fuiste tú el que asesinó a una buena amiga mía. Se llamaba Edwina, ¿lo recuerdas?

—Sí —contestó K'nit, avanzando lentamente hacia el joven.

—A ella le rompiste el cuello. ¿Piensas hacer lo mismo conmigo?

K'nit sonrió con gusto.

—Primero le romperé todas las costillas. Luego, el cuello — declaró.

— Está bien, bribón adelante — invitó Valance sin dejar de sonreír.

Cleo tenía los ojos muy abiertos y respiraba entrecortadamente, atraída con morbosa fascinación por la escena que se desarrollaba ante ella. De pronto, K'nit saltó hacia delante y estrechó a Valance entre sus poderosos

brazos.

Un horripilante alarido brotó de sus labios en el mismo instante. Cleo se sobresaltó.

El gigante se retiró hacia atrás, tambaleándose como un beodo. Horrorizada, vio que del pecho de K'nit brotaba la sangre a torrentes.

Volvió los ojos hacia Valance. En el pecho del joven asomaban cuatro afilados cuchillos, de unos veinte centímetros de diámetro, formando un cuadrado de medio palmo de lado. Las puntas de los cuchillos goteaban sangre.

De repente, se oyó un sordo golpetazo. K'nit, con el corazón y los pulmones perforados, se había desplomado de cara al suelo. Todavía pateó un poco, debido a su vitalidad, pero no tardó en inmovilizarse.

Cleo estaba aterrada. Valance dio un tirón a la pechera de su camisa y un extraño artefacto quedó a la vista.

—Un chaleco acuchillador —dijo él, sonriendo—. Me lo enseñó un asesino profesional. Los puñales se disparan cuando alguien abraza al portador.

Ella retrocedió un paso.

—Eres terrible..., pero no saldrás con vida de aquí — gritó.

Y se volvió hacia el aparador, de uno de cuyos cajones extrajo una pistola atómica.

El chaleco acuchillado voló por los aires con tremenda potencia. Los cuatro puñales se clavaron en el pecho de Cleo.

Se oyó un hondo gemido. Cleo soltó la pistola y, desesperadamente, intentó desclavarse los puñales. Pero las fuerzas le fallaron de pronto y se desmoronó poco a poco. Giró unos centímetros y quedó tendida boca arriba, jadeando entrecortadamente.

—Debí... haberme puesto... a tu lado... —dijo, con grandes dificultades.

Valance se arrodilló a su lado.

—Cleo, dime, ¿qué hay en el solar de Thoyadis? — preguntó.

—Busca... en el Registro de... Tierras... de la capital...

La cabeza de la mujer se dobló de pronto a un lado. Valance estuvo unos momentos en la misma posición y luego, lentamente, se puso en pie.

Caminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y contempló unos instantes el sangriento espectáculo.

—Cleo, ¿merecía la pena correr tantos riesgos por unos cuantos millones más? —murmuró.

Pero ella, naturalmente, no podía contestarle.

CAPÍTULO XIII

María lanzó un agudo grito al ver que se abría la puerta de comunicación entre los dos dormitorios.

—¡Al fin! —exclamó—. Ya era hora de que volviese, Dan.

Valance sonrió, mientras contemplaba el bulto caído a sus pies.

—Intentaron matarla, ¿no? —dijo tranquilamente.

—Usted, ¿qué opina? —contestó ella en tono desabrido—. Dan, hace horas que estoy aguardándole, sin saber qué hacer... todo el rato con este cadáver...

—¿Le ha visto la cara? ¿Sabe quién es?

—No tuve tiempo, Dan. Todo ocurrió tan rápido... La puerta se abrió y el sujeto me apuntaba con una pistola. Yo me escondí instintivamente detrás del sillón y entonces él cruzó el umbral para buscar un mejor ángulo de tiro. Entonces fue cuando algo lo electrocutó...

—Me imaginaba que podía suceder una cosa semejante, María. Por eso dispuse sendas trampas en las dos puertas. Baterías de alta tensión, electricidad radiante, ¿comprende?

—Pero las trampas no se ven, Dan.

—Ciato, están ocultas en la pared. Las baterías son muy pequeñas, pero, aun así, cualquiera las habría visto con toda facilidad. ¿Ha tocado el cadáver?

—Vaya unas preguntas que hace usted —refunfuñó ella.

Valance soltó una risita y, arrodillándose, tiró de la manta. María se volvió, para no contemplar el espectáculo.

Momentos después, oyó la voz del joven:

—Era Simón Karpis, el tipo que «mató» al robot.

—¿Puedo volverme? —preguntó ella.

—Sí. Déme algo de colonia, por favor...

María le entregó un frasco. Valance se mojó las manos con el líquido; no había resultado agradable el registro de las ropas del cadáver para encontrar documentos de identificación.

—¿Cómo sabía usted que fue Karpis el que estuvo en Addols? —preguntó María.

—Me lo dijo el capitán Shahn, un buen amigo que está en la P. I. Su operador fue quien captó el informe de Karpis al teniente Solati.

—Entiendo. Pero todavía no ha resuelto el problema del cadáver. Dan —se quejó ella.

—No se preocupe; en seguida estará listo.

Valance se acercó al videófono y llamó a la centralita, pidiendo que le pusieran en contacto con el recepcionista de noche. Cuando éste contestó, le pidió que llamara inmediatamente al director adjunto del hotel.

El recepcionista informó que el aludido tardaría de quince a veinte minutos en acudir. Valance pidió que subieran dos buenas copas de brandy.

—Ambos las necesitamos, María —dijo.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza. El brandy, en efecto, la hizo sentirse mejor.

—Por cierto, aún no me ha dicho nada de Cleo Signes, Dan —alegó María.

—Está muerta.

Hubo un instante de silencio.

—Creo adivinar que la ha matado usted, Dan — dijo María al cabo.

—En legítima defensa, por supuesto. Intentó disparar contra mí una pistola atómica.

—¿Tan poco ingenio tenía esa mujer como para usar un medio semejante, nada discreto? — se extrañó la joven.

—Todo lo contrario, era muy ingeniosa. La prueba es que me contó casi todo, creyendo que yo iba a morir.

— Y, mientras tanto, le amenazaba con la pistola...

—¡Oh, no, mujer, no! Tomamos unos combinados. La copa que contenía mi bebida había sido embadurnada previamente con «yahnizr», la hierba epsiloniana que mata sin remedio y sin dejar el menor rastro. Cleo, naturalmente, no se había imaginado que yo llevaría un esófago y un estómago artificiales.

María respingó.

—¿Cómo se entiende eso, Dan? —preguntó. Valance se lo explicó. Ella tuvo que recurrir de nuevo al brandy, del que aún quedaba la mitad en su copa.

— Entre unas cosas y otras, tengo el estómago completamente revuelto — se lamentó.

Valance se echó a reír.

—Pronto pasará todo, María — dijo en tono persuasivo. Luego, de repente frunció el ceño—. En cambio, me preocupa qué es lo que puede haber en el solar de Thoyadis.

—No tengo la menor idea. Mi esposo no me dijo nunca nada al respecto —declaró la joven.

—Pero si se declarase su inocencia, el solar le pertenecería a usted —alegó Valance—. Ulrich von Uttig llevaba pleiteando desde hacía muchos años, sin conseguir el menor resultado. Thoyadis había sido edificada en unos terrenos que eran suyos, sin que nadie le hubiera pedido permiso ni comprado una sola parcela.

— Eso es cierto, y no es menos verdad que Ulrich no se preocupó nunca de aquella extensión de tierras. Tenía otros negocios que entonces estimó de más importancia, y un buen día, casi sin saber cómo se encontró con toda una ciudad edificada. Pleiteó, otros contraatacaron, alegando caducidad de derechos por falta de ocupación constante... y así estaban las cosas, sub judice, cuando alguien tiró la bomba.

—Usted, María.

—Pero no en mi sano juicio, sino hipnotizada por aquel sujeto que entró subrepticiamente a bordo, bajo el nombre de Tim Smith.

— Acción que se estima llena de lógica para los demás, si se piensa que usted conseguía un doble beneficio con la destrucción de Thoyadis: enviudar y quedarse con los terrenos.

Ella se paseó por el dormitorio, retorciéndose las manos con gestos llenos de nerviosismo.

—No puedo asegurar que amase a Ulrich, pero le apreciaba y respetaba sinceramente. Mientras fui su esposa, le guardé lealtad en todos los sentidos. Él era muy anciano, es cierto..., y no hicimos vida matrimonial propiamente dicha. Pero ello no obsta para que nadie pueda acusarme de haber faltado a mis deberes como esposa en ningún momento.

—Lo cual la honra y enaltece a usted, María — dijo Valance, muy serio.

—Admito que no tengo un pasado irreprochable —siguió ella—. En este mundo, nadie es perfecto. Dan, y muchas de las personas que en Thoyadis, absurda y externamente puritanas, eran mucho peores que yo. Pero, claro, las apariencias...

—María, voy a darle un consejo —dijo Valance.

—Sí, Dan.

—Olvide el pasado. Yo también trato de hacerlo y perdí bastante más que usted, ¿comprende?

Ella le miró con simpatía.

—Siento mucho lo que le ocurrió, Dan. Me imagino el golpe que debió de recibir...

—Alguno lo recibirá más duro todavía —aseguró él, ceñudo.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde?

—María, usted no se queda corta preguntando. Pero tengo que responderle, porque usted está tan perjudicada como yo. Debo tender una trampa a los culpables.

—¿Qué clase de trampa, Dan?

—No lo sé, aún no lo he pensado. Pero no tardaré mucho en dar con la idea apropiada. Ir ahora directamente en su busca no serviría de nada; es preciso que ellos mismos se delaten, ¿comprende?

—Sí, Dan.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

* * *

Valance abrió —ya había desconectado las trampas— y alargó la mano hacia el recién llegado.

—Pasa, Vroun —dijo jovialmente—. ¿Conoces a esa chica? Es una buena amiga mía, Dyea Troo. Dyea, te presento a Vroun Vrounos, director adjunto del hotel.

—¿Cómo está, señorita? — saludó Vrounos cortésmente.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza. Luego, Vrounos se volvió hacia el joven.

—Me has hecho levantar a las tantas de la madrugada y no precisamente para un acto social, Dan — manifestó—. ¿Cuál es tu problema?

Valance se echó a reír.

—Un problema de... basura —contestó—. Ven, Vroun.

La entrevista tenía lugar en el dormitorio del propio Valance, a fin de evitar que otros extraños pudieran ver el cadáver de Karpis. Valance abrió la puerta de comunicación y enseñó a su amigo el bulto cubierto con una manta.

—Tengo que echar eso a la basura y no sé cómo hacerlo, Vroun —dijo.

—No te preocupes, Dan — contestó Vrounos llanamente—. Yo me encargaré de ese problema. ¿Quién era?

—Simón Karpis, asesino profesional. Intentó matar a Dyea.

—Y tú...

—Yo estaba fuera, pero instalé dos trampas electrocutantes. Ya están retiradas, por supuesto. Karpis tropezó con una de las trampas, eso es todo, Vroun.

El director adjunto hizo un movimiento de aquiescencia.

—No te preocupes, repito — dijo —. Antes de media hora estará solucionado el problema.

—Ah, por cierto, tengo que pedirte todavía un favor, Vroun.

—Tú dirás, Dan.

—Necesito dos pasajes para Eardmon, en la primera astronave que zarpe hacia allí.

Vrounos meneó la cabeza.

—Dudo mucho que puedas salir tan pronto, como deseas —objetó.

—¿Qué sucede, Vroun? —se extrañó Valance—. ¿Acaso no hay tráfico entre Beta Zu y Eardmon?

—Por supuesto que sí, Dan, pero la única astronave que hay ahora en el puerto espacial y que debía haber zarpado mañana, está en espera de recibir

un cargamento de «gravitalium».

—Ah, ya —murmuró él—. ¿Tardará mucho, Vroun?

—No lo sé, pero si llega otra astronave o la que tenemos a mano recibe ese cargamento, te avisaré inmediatamente.

—Está bien, gracias por todo.

—Ha sido un placer, Dan — se despidió Vrounos—. Señorita Troo...

María hizo una ligera inclinación de cabeza. Luego, cuando Vrounos hubo salido, dijo:

—Ahora tendré que esperar aquí a que se lleven el cadáver de Karpis, ¿no es eso?

— Desde luego, pero si sus aprensiones no se han disipado todavía, cambiaremos de dormitorio.

—Me lo pensaré —contestó ella—. Dan, ¿qué haremos en Eardmon? —preguntó acto seguido.

La mirada del joven pareció perderse unos momentos en el infinito.

—Lo primero de todo, ir al Registro de Tierras — dijo.

—¿Qué hay allí de interesante, Dan?

—Cleo no tuvo tiempo de decírmelo todo — respondió él.

—Entiendo.

—¿Y después?

—Espero que, para entonces, se me haya ocurrido ya la idea a fin de atraer a Morbihrson y a Solati a una trampa de la cual no puedan escapar — contestó Valance.

Hubo una pausa de silencio. Luego, María preguntó:

—Dan, ¿cree usted que podrá probar mi inocencia?

—Estoy persuadido de ello —dijo él firmemente—. Además, tengo que hacerlo por dos motivos. Una es la orden que recibí del juez U-Shi de investigar a fondo.

—¡Oh! —exclamó ella, sorprendida—. Entonces, no dimitió...

—Por supuesto que sí, y dudo mucho de que quiera volver a las patrullas del espacio cuando haya terminado mi misión.

—Se quedará en tierra.

—Sí. Estoy un poco cansado de vagar por el espacio. Tengo ganas de vivir en un sitio donde haya árboles, hierba, una corriente de agua y nubes azules en el cielo.

—Celebraré infinito que se cumplan sus deseos. Dan — dijo María, con acento de sinceridad.

—Gracias, yo también lo espero así.

—Pero todavía no me ha dicho cuál es el otro motivo por el cual quiere probar mi inocencia.

—Mujer —rió él—, ¿tan torpe es que no lo sabe ver?

María se ruborizó intensamente.

—Dan, eso no está bien — dijo.

—¿Cómo que no está bien? No se considera usted motivo suficiente para un hombre?

—Está bromeando... Valance avanzó hacia la joven.

—Hay cosas con las que no me gusta bromear — dijo, al mismo tiempo que la abrazaba estrechamente.

Ella apretó los labios.

—No, Dan — suplicó.

—¿Tienes miedo de rendirte? —sonrió él.

—Es... demasiado pronto... —dijo María con voz vacilante.

—Tal vez tengas razón — convino Valance —. Además, así no me gustas en absoluto. —La pellizcó ligeramente—. Nunca me han gustado los postizos, ¿sabes?

—Los llevo porque tú dijiste...

—Y, hasta ahora, han dado resultado. Pero no te preocupes, pronto te daré permiso para recobrar tu apariencia normal, que es la que me gusta de verdad.

María sonrió hechiceramente.

—Creo que entonces no tendré miedo de rendirme, Dan —contestó.

CAPÍTULO XIV

El coche, un «todo terreno» movido por grandes ruedas balón, con cámara que se podía hacer estanca, si se utilizaba en lugares sin atmósfera, avanzó bamboleándose por los montones de escombros que habían constituido a un par de años antes una ciudad próspera y llena de vida.

Dos hombres ocupaban el vehículo. Solati era el conductor.

Morbihrson viajaba a su lado. Era un sujeto alto, delgado, de pómulos salientes y barbita en punta, cuyos ojos miraban a todas partes, con expresión recelosa. Pendiente del cinto llevaba una pistola atómica, lo mismo que su acompañante.

—Espero que los funcionarios estén allí ya — dijo, sintiéndose un tanto aprensivo.

—La hora señalada son las diez de la mañana. Faltan todavía quince minutos, señor —dijo Solati.

Morbihrson emitió un gruñido.

—Hasta que no haya terminado la ceremonia, me sentiré intranquilo —manifestó.

—Después, ya nada importará, coronel. Nadie podrá arrebatarle su presa. Será suya con toda legalidad.

—Sí, pero Karpis, K'nit y Cleo han muerto y de esa pareja no tenemos la menor noticia. Han desaparecido como si se los tragase la tierra, ¿comprende, Gino?

— Ella es una fugitiva y él su cómplice. ¿Quién nos reprochará que quitemos de en medio a unos delincuentes?

Allá, a lo lejos, se divisaban unos cuantos individuos, situados en lo que antes había sido centro de la ciudad. Morbihrson lanzó un suspiro de alivio.

—¡Al fin! —exclamó—. ¡Ha costado lo suyo, pero mereció la pena!

Momentos después, se apeaban frente al grupo. Uno de los individuos salió a recibirles.

—Bienvenido, coronel —saludó—. Soy Dirkless, jefe del Registro de Tierras. El notario y los testigos requeridos por la ley están preparados.

—Gracias, señor Dirkless. ¿Empezamos?

—Cuando usted quiera, señor.

Dirkless hizo una seña con la mano. El notario y los testigos se les acercaron.

—Caballeros, estamos aquí para atribuir la propiedad de estas tierras, cuya descripción topográfica les he hecho ya previamente —habló el funcionario con voz campanuda—. Los terrenos en cuestión pertenecieron,

como saben, a Ulrich von Uttig y, al fallecimiento de éste, a su viuda, a la cual le fueron confiscados por sentencia judicial, a fin de disponer de fondos para indemnizaciones. Hasta el presente, no se ha presentado nadie a la subasta, a pesar de los anuncios hechos, por lo que, de un modo definitivo, se va a proceder a la subasta y adjudicación a quien puje más. La suma mínima de licitación es de doscientos cincuenta mil «garants»...

—Ofrezco doscientos cincuenta y un mil —exclamó Morbihrson, impaciente.

—Muy bien, señor —aceptó Dirkless—. Doscientos cincuenta y un mil «garants» a la una... a las dos y a las...

—¡Suspenda esa subasta inmediatamente! ¡Es ilegal! — tronó una voz en aquel momento.

* * *

Todos los presentes se sintieron enormemente sorprendidos al escuchar aquella demanda. Morbihrson se volvió y divisó a varias personas que salían de un montón de escombros cercano, cubierto parcialmente por la maleza que había crecido durante aquellos tiempos.

Dirkless se engalló.

—Señor mío, tendrá usted razones más que justificadas para hacer una declaración semejante — dijo.

El juez U-Shi miró al sujeto desdeñosamente.

—Cuando haya acabado con lo que he venido a hacer aquí, la emprenderé con un desleal funcionario del Registro de Tierras, el cual tendrá que explicar muchas cosas, entre ellas, los motivos por los cuales, y pese lo que acaba de asegurar, ha mantenido en secreto esta subasta —dijo —. Pero, por ahora, esa misma subasta, insisto, es ilegal, porque no se pueden vender unos terrenos que tienen un legítimo propietario.

—¿Quién es ese dueño, Señoría? —preguntó Morbihrson.

—María von Uttig, como heredera legal de su difunto esposo, anterior propietario de estas tierras, y considerada inocente de las acusaciones que se le formularon en su día —respondió U-Shi.

—¿Le ha comprado ella ahora, juez? —chilló Solati.

—Usted es el hombre que se hizo pasar por Tim Smith para enrolarse en la ««Minerva», sustituyendo a otro Smith, enfermo de una manera provocada. Usted es el que narcotizó a la señora von Uttig y luego sobornó y amenazó o incluso hizo asesinar a algún tripulante de aquella nave para que declarasen falsamente. ¿Y aún tiene el cinismo de acusarme de prevaricación?

Solati, amedrentado, retrocedió un paso.

—No... no hay pruebas... — tartamudeó.

—Ni una sola de las conversaciones que he sostenido con todos aquellos a quienes he interrogado ha dejado de ser grabada — terció Valance, callado hasta aquel momento—. Hay, sobre todas las demás, una muy interesante, sostenida con Cleo Signes. Cleo creyó que yo iba a morir y lo dijo casi todo, menos una cosa.

Valance movió la mano. Una piedra de color brillante, gris oscuro, casi plomizo, cayó a los pies del aturdido Morbihrson.

«Gravitalium», el precioso mineral que se consume en los hornos nucleares de las astronaves, sin emitir apenas radiaciones y a un coste ínfimo cuando se encuentra uno de sus yacimientos — continuó —. Como, por ejemplo, el que hay bajo nuestros pies y en diez o doce kilómetros a la redonda, en el subsuelo de la que un día fue Thoyadis. El espesor medio de la veta es de unos treinta metros, de modo que imagínense ustedes la fabulosa fortuna que poseerá el dueño de ese yacimiento. Usted, coronel Morbihrson, lo sabía, y por ello planeó la destrucción de la ciudad, comprometiendo a la que sería dueña de los terrenos, a fin de que una sentencia judicial se los confiscase. ¿Se atreve a negar ahora la evidencia?

Morbihrson parecía anonadado. Implacable, Valance continuó:

—En el Registro de Tierras se hace una descripción de este solar, diciendo que existen indicios de «gravitalium». Usted lo sabía, tal vez por Dirkless, y planeó apoderarse del solar, porque el pleito planteado por von Uttig no acababa de resolverse y, tanto si lo ganase él como la ciudad, usted perdería siempre. Pero podría ganar si Thoyadis quedaba destruida por alguien que, en apariencia, tenía motivos para desearlo. Una vez lo supe todo, ya sólo me faltó lanzar rumores de que había gente dispuesta a pujar en la subasta del solar. Dirkless lo oyó y, a cambio de buen dinero, le avisó a usted y preparó esta subasta secreta, que el juez U-Shi, persuadido de la inocencia de la acusada, acaba de declarar ilegal.

—Exactamente — corroboró el juez —. Y al mismo tiempo que declaro inocente a María von Uttig, les acuso a ustedes dos de genocidio deliberado, por lo que el capitán Shahn va a proceder a su detención inmediatamente.

Solati retrocedió un paso.

—¡No dejaré que me juzguen! —chilló, a la vez que sacaba una pistola atómica.

El cuchillo de Valance actuó una vez más y alcanzó a Solati en el hombro izquierdo, haciéndolo girar instintivamente hacia aquel lado. El arma se disparó por un movimiento reflejo y la descarga alcanzó de lleno a Morbihrson.

El principal culpable desapareció en medio de una pestilente nube de humo. Solati, sollozando de dolor, rabia y pánico, cayó de rodillas tratando de arrancarse el cuchillo con la mano derecha.

—Capitán Shahn —ordenó U-Shi, impasible—, haga que sus hombres se ocupen del teniente Solati y del señor Dirkless. Caballeros —el juez se volvió hacia los otros—, ustedes atestiguarán lo que aquí acaba de suceder.

El notario y sus acompañantes asintieron. U-Shi se encaró con María a continuación:

—Puedes irte, hija; estás libre. Pero no dejes de darle las gracias al hombre que lo ha hecho posible.

María sonrió dulcemente. Los patrulleros del capitán Shahn se llevaban a Solati. Ella comprendió que Solati, vivo, lo declararía todo para atenuar su condena. Por dicha razón, Valance se había limitado a herirle.

—Juez, tiene usted mucha razón — dijo al cabo —. He de darle las gracias al capitán Valance, pero a mi modo.

Con gesto impulsivo, agarró la mano del joven y tiró de ella.

—Hay un notario y testigos, juez. Cásenos ahora mismo —pidió.

Valance respingó.

—Pero, María... U-Shi levantó la mano.

—No protestes, Dan — le interrumpió —. He de «condenar» a María por segunda vez y ahora lo haré con infinito placer. Pero si te niegas...

—¿Y quién podría negarse? —suspiró él.

Volvió los ojos para contemplar a María, que había recobrado su aspecto normal. Estaba más hermosa que nunca.

—Juez, sólo deseo que la sentencia que va a pronunciar ahora dure toda la vida —dijo la joven.

—Así debe ser —remató U-Shi.

FIN

BOLSILIBROS TORAY




TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.


HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.